

VI BIENAL JOSÉ  
NACIONAL VICENTE  
DE LITERATURA ABREU  
2020

Raúl Tornell

# DEL MEDANAL A LAS BALAS

## TESTIMONIO





---

# **Del Medanal a las balas**

VI Bienal José Vicente Abreu  
Mención Testimonio  
GANADOR 2020

---

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana y Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2021

*Del Medanal a las balas*

© Raúl Tornell

Corrección

Ximena Hurtado Yarza

Diseño de portada

Javier Véliz

Diagramación

Luis Gil

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

[www.monteavila.gob.ve](http://www.monteavila.gob.ve)

© Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2021

Mercedes a Luneta - Parroquia Altagracia.

Apdo. 134. Caracas. 1010. Venezuela.

Teléfonos: 0212-562.73.00 / 564.58.30

[www.casabello.gob.ve](http://www.casabello.gob.ve)

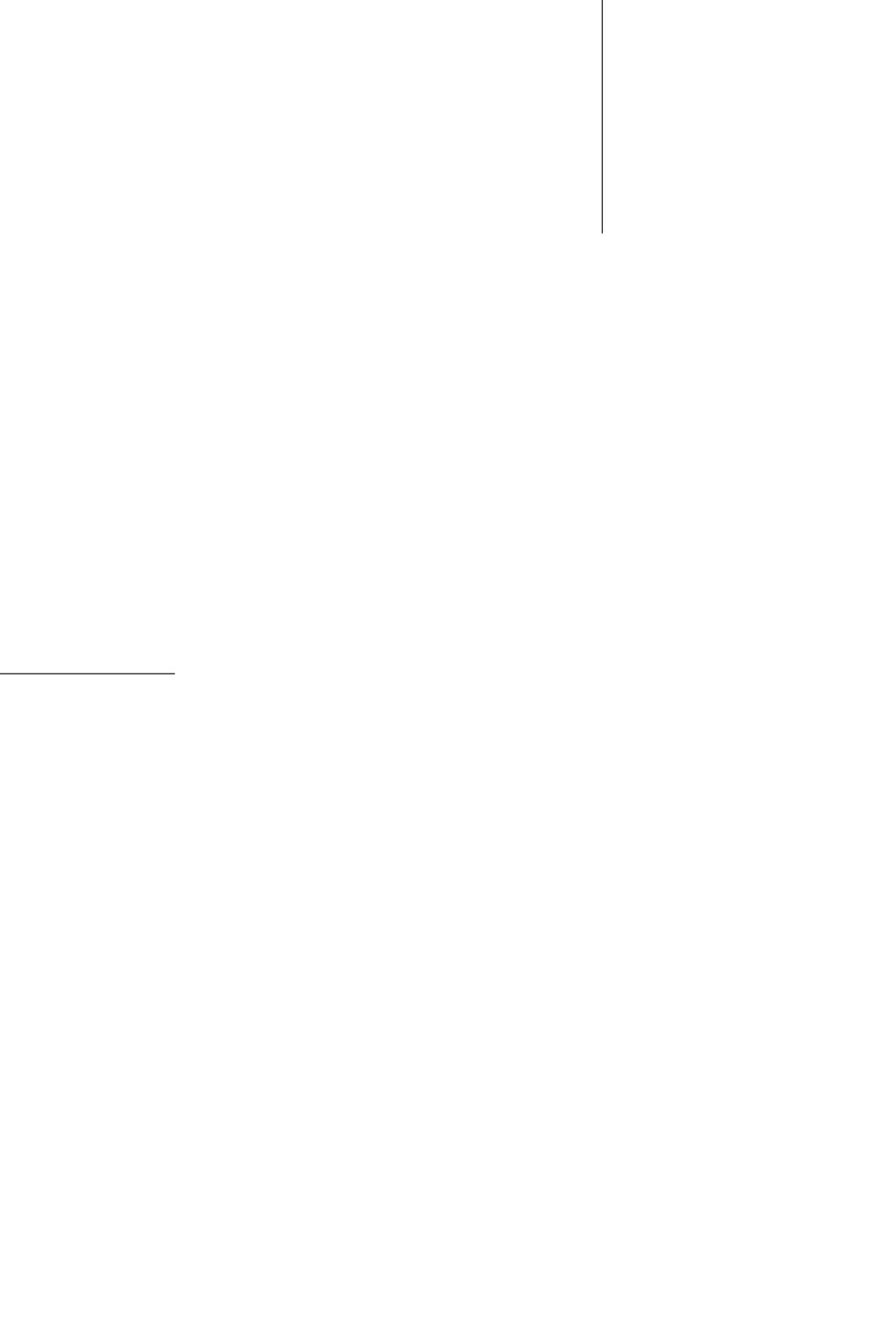
Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N.º DC2021001458

ISBN 978-980-01-2254-9

Raúl Tornell

# **Del Medanal a las balas**



## **VI Bienal Nacional de Literatura José Vicente Abreu**

### **veredicto**

Nosotros los suscribientes, Antonio Trujillo; Argenis Méndez Echenique y Manuel E. Carrero Murillo, venezolanos todos, convocados por el Centro Nacional del Libro (Cenal), para participar como Jurados en la VI Bienal Nacional de Literatura José Vicente Abreu, en la Mención TESTIMONIO, convocada por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura por intermedio del Centro Nacional del Libro (Cenal) y el Gabinete cultural de Apure, conjuntamente con la Gobernación Bolivariana del Estado Apure, la Alcaldía del municipio Pedro Camejo, la Red Nacional de Escritores y Escritoras Socialistas de Venezuela, Capítulo Apure, y la Casa Nacional de Las Letras Andrés Bello, declaramos haber leído el total de las (20) obras participantes en la Bienal de este año 2020, intercambiado criterios gramaticales, narrativos, técnico-descriptivos, idiomáticos, aspectos propios del género testimonial y rasgos de actualidad contenidos en los textos, y que en unidad de opinión decidimos, apegados a las Bases establecidas para esta VI Bienal Nacional de Literatura José Vicente Abreu, en la Mención TESTIMONIO, que la obra ganadora es la que lleva por título: *Del Medanal a las balas*, inscrita en esta VI Bienal con el pseudónimo: Mozo Crúo, cuya plica de datos, al ser abierta, revela que corresponde a: Raúl Tornell, Así lo refrendamos en Caracas, a los 15 días del mes de Octubre de 2020.

Antonio Trujillo    Argenis M. Echenique    Manuel E. Carrero



**1**

**El Medanal  
de los Duendes**



## **Mamatatía: bisnieta del hombre que mató a Boves**

Vinicia María del Rosario Tornell Sifontes nació en 1904, en una casa de paloapique y techo de cañabrava, en algún lugar del caserío El Medanal de los Duendes, que queda a una legua y un cuarto de Caigua. Fue la tercera de los seis hijos que tuvieron Marcos Sergio Tornell, a quien su nieto Mocho Tornell, que aún vive en Caigua con más de setenta años, recuerda como un legítimo catalán de talla alta y ojos de añil, y Justa de la Trinidad Sifontes, quienes se casaron un día en que los palos de araguaney botaban flores amarillas como morocotas de oro en 1898, cuando comenzó la primera de las guerras del fin del mundo, como decía la gente de entonces de la revolución mochera. Los otros hermanos de Vinicia María del Rosario, conocida toda su vida como Tatía, fueron: Evangelista Leopolda de la Coromoto, nacida en 1900, Genaro Antonio del Carmen en 1902, Benito José Ascensión en 1906, María Magdalena Pragedes en 1908, e Inés María de Todos los Santos en 1920, quienes murieron con una buena provisión de años encima.

Ella, Vinicia María del Rosario, a quien yo llamaba Mamatatía, era una mujer alta, de buen ver, con un carácter endemoniado, aunque yo llegué a su vida cuando tenía sesenta y tantos años, recuerdo que todavía lucía rasgos de una belleza que, sin lugar a dudas, fue memorable. Yo me crié con Mamatatía, y ella me adoró desde que, un jueves de enero, muriéndose la tarde, vine al mundo

pujado a viva fuerza por mi madre. Justa de la Trinidad Sifontes, era hija natural de un negro pelo de cabuya, llamado Perfecto Urbano, quien fue uno de los cuatro hijos de Juan Lovera, el hombre que fue espaldero de Boves y, hasta su último día, en Sacacual, cerca de Aragua de Barcelona, se decía en Palmarito, Las Piedras, Cambural, Peneima, Characual, El Totumo, San Celestino, Los Pericocos, El Tamarindo, Los Morrococoyes, Sabana Larga, El Potrero, Pica Pica, Los Carrizales, San Buenaventura de Pampatar de La Margarita, Las Lagartijas, Las Lajas; que había muerto loco por el lanzazo equivocado que le dio a Boves en Urica el año 14. Yo también oí la historia por boca del coronel Juan Mejías, su otro bisnieto, y recuerdo, con claridad meridiana que, una noche de abril de 1984, conversando con él de todas las guerras del mundo, dijo: “Lo mató cuando quiso salvarle la vida”. Según Juan Mejías, Boves estaba cercado por los hombres de Zaraza, y su caballo, bisoño como era, no arrancaba, entonces sus espalderos lo rodearon para cubrirlo, y en la confusión, queriendo meterle lanza a uno de caballo negro del batallón rompelineas de Zaraza, Juan Lovera hirió mortalmente a Boves.

12

Mamatatía vivió hasta su muerte en El Medanal de los Duendes, caserío ubicado a una legua y cuarto de Caigua. Tuvo una venta de ron en su casa de paredes de barro y techo de zinc, puesta en una loma de tierra colorada, rodeada de corrales y matas de ciruela, y llegó a ser rica sin saberlo nunca, pues guardaba latas grandes de morocotas de oro y fuertes de plata, que no contó por dos razones: era analfabeta y no le importaba. Cuando alguien le preguntaba si se iba a hacer cargo de su dinero, Mamatatía, con un movimiento de venada que ponía en guardia a medio mundo, le

soltaba sin misericordia el timbre firme y descorazonador de su voz: “No me da mi real gana”. No se casó porque puso sus esperanzas de mujer, sin remedio y sin apelaciones, en un hombre ajeno. Se llamaba Ramón Aruspón, y era su primo, un mestizo de pelo de sortija, baja estatura y bravo, siempre metido en cuanta guerrita se prendía, y ella, apenas lo vio, tuvo una hija con él, principiando 1931. Le puso el nombre de María de la Trinidad, y se le murió a los tres años cargada de una inexplicable epidemia de piojos. Crecí a su lado, con el olor del papelón de su pulpería entrándome en las narices, prendiendo imaginarias guerras de migas de casabe en el mostrador de tablas de palosanto, y muriéndome de los celos cuando el viejo Ramón Aruspón, pretendiendo regresarla a cuarenta años podridos, le susurraba indecencias en el oído. Todos los sábados se reunían en su casa, a hartarse de ron blanco con yerbabuena los hombres más conocidos de Caigua, con una buena reputación de peleadores; se sentaban a hablar de guerras y de la bravura y el miedo de los hombres, mostrando revólveres, peinillas, lanzas y machetes. Eran hombres viejos, sin dientes, de greñas blancas y ralas, con cicatrices curvas y feas deformándoles las caras curtidas y las barrigas cosidas a bala y filo de machete, hechos para las risas largas y los gestos de ventarrón. Sujetos de cuidado, a pesar de los muchos años que cargaban en el cuerpo. Yo tenía ocho años, y cuando los veía llegar y beberse los largos tragos de ron en pocillos de peltre, persignándose y riendo, apartaba mi infancia a un lado y me sentaba en las piernas de Mamatatía a oír sus historias.

Ellos eran Julián Mejías, Facundo Potiche, Domingo Guaparica, Pedro García, Evaristo Alén, Emilio Beltrán Hernández, Pedro Alcántara Galindo, Pedro José Tremaria, Juan

Antonio Ruiz, Ramón Guzmán, Genaro Chacín; y otros cuyos nombres no me saltan a la memoria ahora.

## La historieta *Fuego*

Tenía diecisiete años, y una tarde cuando fui a visitar a María Cristina, la enfermera del caserío, Ana, su hija mayor, casada con Pedro Pérez, me regaló la revista de historieta *Fuego*. En la contraportada decía que si habíamos leído *Raíces*, refiriéndose a la extraordinaria novela del escritor norteamericano Alex Haley, con la que se hicieron películas y series de televisión, ahora nos íbamos a estremecer con *Fuego*. Ana me dijo, al dárme-la, que era la vida de un negro esclavo de una de las islas del Caribe. Y efectivamente, en ese número se decía que se trataba de la vida de Henri Christophe, un negro que, “nacido esclavo, llegó a convertirse en rey”, una frase que recuerdo siempre. Ana conocía mi interés por la historia, por eso, al adquirir la revista, se acordó de mí y me la dio aquella tarde, que, por supuesto, no voy a olvidar.

“Ahora tienes que coleccionarla porque este es el primer número”, me dijo.

Salía los lunes, y se vendía en la ciudad. No costaba mucho, acaso veinte bolívares, no recuerdo bien.

Aquella noche, después de volver a casa de mi madre Marina, acostado en el chinchorro, leí la historieta, y sencillamente, me fascinó. Era la historia de uno de los caudillos negros de la isla de Haití que hicieron la guerra de independencia contra los franceses. ¡Qué historia emocionante! Estaba extraordinariamente ilustrada. Y desde entonces cada lunes iba a Barcelona a comprarla, y cuando no podía ir, hacía que me la compraran. No hubo una cosa más emocionante en mis días de aquel tiempo

que la lectura de la historieta *Fuego*. Fue esa historieta la que me impulsó a leer en profundidad la historia de todas las épocas, y lo que es más extraordinario aún, hizo que me pusiera a escribir. En un cuaderno de esos de sesenta páginas hice una parodia de lo que leía. Fue un buen ejercicio, una tentativa de escritura que me interesó. Yo tenía un alma desnuda de conformismo.

Antes de la casa de Marina había un descampado de tierra colorada, donde los animales: chivos, vacas, burros, se revolcaban, merodeaban, descansaban, y desde allí, en las tardes de cielo limpio, se veía una serranía azul, al naciente, donde estaba un camino como hilo amarillo que subía hasta el copete, en el que se veía un poste de energía eléctrica. Se decía que ese cerro y el camino eran del vecino pueblo de El Pilar. Nunca estuve seguro. Me gustaba quedarme mirándolo, porque era lo más remoto que se veía en lontananza, y entonces soñaba en lo que después fue mi vida. Lejos se alzaban las formas atrayentes de aquella serranía, sumergida entre las nubes, y sentía que me retaban a llegar más allá de ellas. En los atardeceres púrpuras parecía una fortaleza violeta abrazada con la lejanía, y ese sendero amarillo me traía el olor de rumbos desconocidos.

**16** Al margen del relato que me ofrecía *Fuego*, crecía en mí el deseo de irme por el mundo, y al mismo tiempo, luchar al impulso de un ideal de felicidad y escribir historias de guerras.

La historieta *Fuego* me sembró una llama que ahora es la certidumbre que tengo de la vida, y que se extinguirá cuando deje de existir.

A los veinticinco años vi mi vida rural, que discurrió hasta los dieciocho, como un enorme pez de verdes escamas

vegetales. Eran montes, a veces lúcidos, a veces dispersos. Había allí quebradas que cantaban, que brincaban, que se enfurecían cuando las lluvias les daban de frente. Pero duraba un segundo su demostración de ira, porque después se diluían en cintas de agua cuando dejaba de llover.

Eran recuerdos de descampados colorados salpicados de estiércol, de cerros erguidos como gigantes gulliverianos, de casas con esqueletos de palos cruzados, y de aves que soltaban cantos para alegrar la vida.

Había allí barrancos ansiosos, cielos limpios, ventoleras, rutilantes soles teñidos de oro, tardes amarillas, noches de negro rotundo, grillos histéricos, nubarrones, almas desprovistas, ánimos de ideas revueltas.

Fue mi infancia rural. Fue lo que vi y viví.

## Salgo de El Medanal

Rugía el viento, y sus resoplidos les quitaban las hojas a los árboles. Los montes yacían calvos, y el duro suelo resquebrajado por la ardiente sequía se cubría con una alfombra de hojas secas y crujientes. En los pedazos de parajes desnudos se alzaba, con los suspiros del viento, una larguirucha polvareda en frenético baile. Era domingo, y en el largo lecho del poniente, velado por una cortina rubicunda, el sol empezaba a tenderse para dormir la siesta. Yo andaba por un camino de cabras. Llevaba colgado del hombro izquierdo un pequeño bolso. Me dirigía al pueblo de Caigua, cabeza de aquellos caseríos desharrapados y polvorientos. Tenía trece años. Era de regular estatura, delgado. Mis ojos, me lo habían dicho, eran color de miel de abejas. Caían sobre mi frente mechones rebeldes de mi pelo liso. Yo había nacido y me había criado en El Medanal de los Duendes, con un rollo de cabuya en el hombro y un machete cola de gallo empuñado en la mano. Enlazaba vacas y decapitaba arbustos y matas. Así me ganaba la vida. Pero nunca estuve contento con eso. En mi interior me roía, con insistencia, una necesidad de saber. Orienté mis pensamientos hacia esa perspectiva, y ahora me iba a estudiar secundaria a la capital de la provincia.

Mientras caminaba flotaban en mi mente remiendos de cosas vividas. Me gustaba deshilvanar costuras de mi existencia. Pensaba en ese paso desorbitante de la niñez a la adolescencia. Me había quedado grabado como una flor de lis. Pequeños detalles de aquel entonces ahora se me agigantaban. Las jugarretas inocentes, los líos inútiles y

las risas destempladas se me antojaban embellecidas. Pinceles que dibujaban la gracia de esa época con estampados dorados, salpicando de manchas bermejas las umbrías de sueños sedosos. ¡Qué andanzas! ¡Qué pensamientos! ¡Qué necedades! ¡Cuántos regaños! Los recuerdos se me echaban encima jadeantes, cansados de trajinar lejanos vericuetos, deteriorados por las succiones del tiempo. Traían en los bolsillos, un tanto erosionados por la fatiga de los años idos, los latidos de la amorosa taquicardia producida por la imagen de otro ser. Una vez se incubó en mi vida un retoño. Azoro arrullado por el aprendizaje del rumor del agua en la orilla de la laguna, donde nadaba un cisne olvidado por Darío. Envuelto en un instante único mezclado con cantos de pájaros, con el correr erizado de las aguas marrones de la laguna, yo la vi. Era a ratos, escondido entre las ramas de la copa de un roble con el tronco arrugado. No me cansaba de verla con una ansiedad que me inundaba las entrañas.

El cuadro, donde ella impregnaba su silueta, se me vaciaba en la memoria. Los peladeros ocreos que levantaban remolinos de polvo, los estremecimientos de las espigas de los maizales. Ponerla en mis ojos era el momento más dulce en que mi pecho tronaba; cuando se me acercaba, yo huía por no poder contener los estallidos de mi corazón.

Su imagen de mujer la llevaría marcada en mi vida, y la pasearía en las correrías venideras como una bandera flameando entre traspies y tropezones. Era delgada, como una espada de bronce, porque su piel destilaba reflejos cobrizos. Larga cabellera lisa. Perfil enriscado, como el altanero desdén de una garza blanca. Ojos negros, como una caverna de alquitrán. Una tarde asoleada, ella y yo

nos bañamos desnudos en la laguna de El Medanal de los Duendes. En un repentino arranque de impudor prematuro nos mostramos los cuerpos lampiños, intocados por la pubescencia. Sonreí al pensar que, ese día, atiné a besar sus largos cabellos, revueltos y pegados a su carita pecosa de niña malcriada.

Vi su niñez más que nadie, preso de una extraña fascinación psicológica, y ese domingo por aquel camino, dando pasos rápidos y levantando tenues nubecillas de polvo, consciente de lo ajena que era para mí, aún luchaba interiormente por no dejar de pensar en ella.

Me gustaba recordar, y aunque me llenaba de melancolía, sentía las cosquillas de un fantasma que me hacía reír a carcajadas de mí mismo. Mis oídos parecían golpeados por peñascos de voces, que era mi misma voz parida por un eco grávido encerrado en la prisión de los años futuros. El tallo blando y esponjoso del platanillo todavía lo sentía en mis manos, el barro negro de las orillas de la laguna aún lo sentía pegado a mis pies, el ácido y dulce sabor del jobo lo sentía en mi boca, y los dulces besos de ella, los que nunca me dio y los que nunca le di, los saborearía en labios de otra mujer.

20

Decía entre dientes por aquel camino, aquel domingo, a los trece cumplidos, que ese tiempo ya no volvería. Se me había escapado. Se me había ido con una facilidad dolorosa.

**2**

**Las balas**



## Viaje a El Medanal de los Duendes

Llegué al pueblo y encontré a Julio Guararima en aquella esquina, bebiendo cerveza. Era de noche. Me sentía extraño, pues eran siete largos años de ausencia. Pero, a pesar de eso, Julio Guararima me dio un abrazo. Y los otros me saludaron afectuosamente: caras oscuras que no recuerdo. Tampoco recuerdo qué cosa celebraban. Y cuando me vieron siguieron bebiendo cerveza con más emoción. Julio Guararima no dejaba de mirarme y me apretaba el brazo con fuerza y me decía: “¡Carajo, Raúl Leoni, cuánto tiempo!”. Luego de un rato pasó por aquella esquina el camión volteo de mi primo Luis Morales, y Julio Guararima le pegó un grito: “¡Epa, Luis, aquí está Raúl!”. El camión se detuvo. Desde que yo era un niño, Luis siempre me mostró un gran aprecio, y me decía muchas cosas: “Cuando usted sea un vergatario, no se olvide de mí”. Se bajó del carro y me dio un fuerte apretón de manos. En ese momento pasó la primera mujer que yo había besado. Fue, en cierta manera, mi primera novia, pero, de ninguna manera, mi primer amor. El primer amor de mi vida fue un beso en el pelo. Pero esta mujer, que los faros del camión devoraban, me hizo sentir la emoción mal contenida de los primeros besos húmedos, pero sin saliva, porque, por extraño que parezca, nunca nos dimos el beso del alma, también conocido como el beso francés, que era el beso de lengua. Ahí estaba, con una enorme barriga de casi nueve meses de preñez. La abracé, y ella estuvo muy contenta de verme.

Nos fuimos en el camión hasta El Medanal de los Duendes. Nos bajamos, casi a medianoche, frente a un viejo camino de cabras. Luis me preguntó: “¿Cuántos días va a pasar usted en el campo?”. Le dije que solo el fin de semana, y nos despedimos. Nos metimos por el camino de cabras. Era una de esas noches de cielo estrellado, muy comunes en el campo. Había llovido durante el día, y el camino estaba fangoso. Íbamos hablando y bebiendo ron de una botella. Era un aguardiente barato, malo, que quemaba las vísceras y emborrachaba con una rapidez de mil demonios. A veces Julio se detenía, inspirado por alguna idea, y me tomaba del brazo y me recordaba cosas. Me decía: “¿Te acuerdas, Raúl Leoni, cuando cazábamos cachicamos en Pica-Pica?”. ¿Cómo olvidar aquellos días felices en que me zampaba en el monte con cuatro perros a sacar del fondo de los mayales a cuanto cachicamo, lapa y acure estuviera allí oculto? Un día, cuando era cadete, angustiado por las duras faenas de la vida militar, deseé con toda el alma estar en los caseríos, con Julio y su jauría de perros, cazando cachicamos. Ese día la nostalgia me hizo llorar.

Recuerdo que, con nosotros, iba Jesús Ramón. También Andrés, Nico y Edgar. Más allá, cerca de la casa y los corrales de Chupa Mecha, saqué la pistola y disparé al aire. Lo hice para celebrar, como si fuera cohete o cualquier otro tabaquito de feria. También para impresionar a Jesús Ramón. A tal punto que lo apunté. Cuando yo estaba pequeño, fue Jesús Ramón quién, jugándose conmigo, me dio los mayores sustos de mi vida. Cuando me veía, me decía: “Se va a acabar el mundo”. Y echaba a correr. Yo, sintiendo en lo más hondo de los oídos el estruendo del cielo que se caía, porque de esa manera creía el fin

del mundo, corría hacia la casa, pegando gritos y llamando, desesperado, a Mamatatía. Otras veces, Jesús Ramón decía a propósito, para que yo lo oyera: “Con esta piedra que tengo en la mano voy a romper el cielo”. Y tiraba la piedra, con todas sus fuerzas, hacia arriba, mientras yo corría, presa de un miedo histérico. Era un pánico total que me duraba dos, tres, hasta cuatro horas. Eso lo hacía desternillarse de risa, a él y a los que estaban con él en ese momento. Después de reír hasta ponerse los ojos llorosos, Jesús Ramón comentaba: “Este Leoni sí es pendejo”. Cuando crecí y me hice hombre, siempre que lo veía recordaba, hasta con rencor, sus bromas. Ahora, a pesar de que lo apuntaba con la pistola, lo miraba con indulgencia y me causó tanta lástima verlo asustado, tembloroso, con ojos desorbitados, que no llegué a dispararle (a los pies naturalmente) como tenía pensado, sino que me limité a bajar el arma y le di una palmada en el hombro. Le dije: “No seas pendejo, no te voy a matar, estaba jugando contigo”. Los otros, que estaban enseriados, asustados también, estallaron en risas un buen rato. Yo tenía en el cuerpo una alegría salvaje. A partir de ese momento Jesús Ramón quería ser mi esclavo.

Pasamos enfrente de la casa del Viejo Rojas, el marido de la enfermera de El Medanal de los Duendes. Una vez, hacía mucho tiempo, dije, sin medir las consecuencias, que esa enfermera, María Cristina, era mi segunda madre. ¿Lo sentía realmente así? Esa noche, cuando pasé frente a su casa, María Cristina era para mí una existencia irreal. Yo siempre le reconocí su buen corazón, quizás, confundí la bondad que veía en ella con el cumplimiento del deber. Ella tenía vocación de enfermera. Y en aquellos caseríos, olvidados del Gobierno, y

hasta de Dios, la presencia de una mujer que cumplía con su trabajo parecía la misma encarnación de la Virgen María, pero, quizá no era tan buena como parecía. Yo creo que siempre la movió la satisfacción del deber cumplido, aun cuando su natural bondad parecía evidente. De todas maneras, negándome a pensar con el corazón, María Cristina era, para mí, un misterio. Un enigma que nunca trataría de descifrar, porque ella y el mundo que la rodeaba, que fue, durante un fugaz momento, el mundo apetecido por mí, eran ya cosas del pasado. Un pasado embellecido por siete años de ausencia.

En una esquina de la casa estaba el tanque de agua. Eran famosos los tanques de agua potable que el Gobierno, en un ataque de demagogia, había instalado en los caseríos. Cada semana iba a llenarlos el camión cisterna, bien temprano, casi de madrugada, y despertaba a los habitantes, que todavía no se habían levantado, con el rugido del motor que sacaba el agua del camión y que, por medio de una ancha manguera de bombeo, llenaba el tanque.

A veinte metros, a orilla de la carretera de granza, que unía el pueblo con los caseríos, estaba el dispensario. Era una construcción de bloque. Estuvimos un rato en el tanque, hablando bajito para no despertar a la enfermera. Después yo me fui solo para la casa donde había nacido casi treinta años antes. A ver a Mamatátia.

## Meterse a redentor sin morir crucificado

Ninguno de mis libros me había traicionado o se había mostrado indigno de la compañía de los otros. No molestaban jamás, no protestaban porque solamente los abría de tarde en tarde, ni porque leía varios simultáneamente, ni porque abandonaba uno en lugar de otro. Los abría y me daban. Los cerraba y volvían a su silencio sin reclamar, sin exigir nada. No había mezquindad en ellos, ni envidia, ni celos. Ninguno esperaba ser el único, sino que muchas veces se unían dos o tres para ofrecerme su riqueza. Eran buena gente. Mis mejores amigos. Mis únicos amigos. La compañía humana, la amistad y el amor me habían sido tan solo ofrecidos por mujeres. A ellas también debía mucho y jamás podría olvidar mi deuda, aun cuando luego hubieran seguido otros caminos, alejándose de mí o yo de ellas.

Estiré el brazo y tomé un grueso volumen. Estaba entablillado, como la mayoría. Me quedé mirando la carátula. Allí, tramontando lejanías cansadas, remotísimas, aparecían impresas las blancas cumbres del Dur-Khaima, como vestidas de cristal, recostadas de un almohadón grisáceo, cuya cabecera era un inmenso vacío azul. En las faldas de aquellos pabellones distantes, se alzaban las torres de un palacio de piedra, el Rung-Mahal, cuyos obeliscos parpadeaban untados de brasas, como ojos de candela. Y en una explanada lisa, como el mármol, estaba un oficial británico —un *Sahib*— de pie, con un fusil terciado en la espalda, sosteniendo las riendas de un caballo montado por una

princesa hindú —una *Bai*—, a la que el soplo de una brisa imaginaria le desgredaba la larga y sinuosa cabellera negra. Ambos, hombre y mujer, miraban los enhiestos riscos plateados con sus cientos de colores que rodaban cuesta abajo en loca carrera, como un jolgorio de niños bajando por un tobogán de hielo.

El libro se titulaba *El último refugio*, y su autora inglesa, M. M. Kaye, tardó doce años de su vida en escribirlo. Era una novela histórica formidable, que retrataba desde todos sus ángulos a la India Milenaria. No la de los clubes, ni la de las carreras de caballos, sino la del hambre, la de la miseria. Bella más allá de lo creíble. Con sus parajes legendarios hinchados de polvo amarillento, como la polilla de los tiempos idos.

Había visto una serie de televisión, titulada *Entre dos banderas*, basada en el libro de M. M. Kaye, y el personaje principal, Ashton Hillary Akbar Pelham-Martin, estaba interpretado por el actor Ben Cross. Estuve maravillado por la película. Era comienzos de 1989. Yo era jefe de un Pelotón de la Guardia Nacional en Morón. Un día pasó por allí un teniente coronel, y decidió quedarse esa noche. Me le cuadré, pues yo era su subalterno —era subteniente—, y le mostré el dormitorio. Trómpiz Lachman se llamaba él.

28

Luego de hacer nuestro patrullaje por el pequeño pueblo, cercano a Puerto Cabello —el mar también le daba por los flancos—, me tocó el primer turno de guardia, como jefe del pelotón, de 9 a 12 de la medianoche. Por esos días yo había descubierto, al prender el televisor en el Casino de Oficiales a las 10 de la noche, la miniserie *Entre dos banderas* por Venezolana de Televisión, Canal 8. Y esa noche, al entrar en el Casino de Oficiales a esa hora, encontré al

teniente coronel allí, sentado en un sofá, bebiendo refresco, como era la norma militar, me le cuadré en la puerta y le dije:

“Permiso para entrar y continuar”.

“Adelante”, dijo él.

Y, como el televisor estaba apagado, le pedí permiso para prenderlo, y lo puse en el Canal 8, para ver la miniserie. A las 11 de la noche terminó el capítulo, y apagué el televisor —el teniente coronel también lo consintió—, ya me cuadraba para pedirle permiso para retirarme, cuando él me dijo:

“Quiero conversar con usted”.

Y hablamos. Me preguntó si yo era revolucionario. Inmediatamente pensé que la DIM (Dirección de Inteligencia Militar) lo había enviado para investigarme, y le contesté con la misma pregunta:

“¿Usted es revolucionario?”.

Asintió la cabeza y se fue en un alud verbal que terminó con un puñetazo en el pasamanos del sofá.

“A este Gobierno hay que tumbarlo”, dijo, “pero no con un golpe de Estado sino con una revolución”.

Le pregunté si la pregunta que me había hecho era para buscar adeptos.

“Sí”, contestó. “Y porque lo vi muy interesado en ese serie de televisión”.

“Soy revolucionario”, le dije. “Y si usted es funcionario de la DIM póngame preso. Aquí están mis manos para que me las espose”.

Y se las estiré.

Sonrió el teniente coronel Trómpiz Lachman.

“Hay que meterse a redentor”, dijo, “pero sin morir crucificado”.

Y luego, accidentalmente —¿accidental? ¿La vida es casualidad o causalidad?—, me encontré con la obra en la cual estaba basada la miniserie. Estaba patrullando por el pueblo, y me dieron ganas de comer conserva de coco. Le dije al guardia nacional, chofer de la patrulla, que se parara frente a una bodega. Entré allí y pedí lo que quería, además de una malta, y, mientras comía, vi en la vidriera, que servía de mostrador, un libro cuya carátula eran las blancas cumbres del Dur-Khaima, y en una explanada lisa, como el mármol, un oficial británico de pie, con un fusil terciado en la espalda, sosteniendo las riendas de un caballo montado por una princesa hindú, a la que el soplo de una brisa imaginaria le desgredaba la larga y sinuosa cabellera negra. Le pedí al dueño de la bodega que me lo mostrara. ¡Qué sorpresa más grande me llevé! Era la novela de M. M. Kaye, en la que estaba basada la miniserie de televisión que me tenía fascinado. Pasé las hojas del libro, pensando que estaba en la vidriera de la bodega solo para que yo lo agarrara, lo compré fascinado, y lo leí con hambre. Eran más de seiscientas páginas. Por eso conocía al oficial británico del Cuerpo de Guías de Peshawar, y a la princesa hindú del antiquísimo principado de Gulkote. Son Ash y Juli, buscando su último refugio donde pudieran amarse con entera libertad, a escondidas de los prejuicios de su época: amantes que rompían barreras raciales y religiosas por amor.

La historia transcurría en 1857. Se levantaron en armas los Cipayos, por la fabricación de cartuchos de sebo. La Segunda Guerra Afgana: ambición de Lord Litton y el Mayor Cavagnari. El asalto a la embajada británica de Kabul: la tierra de Caín. Una leyenda asiática cuenta que Caín, luego de matar a su hermano Abel, se refugió en Afganistán, pariendo su simiente en las áridas tierras donde se yergue la mole colosal del Hindú-Kuch. Y Ashton Hillary Akbar Pelham-Martin, el *Pelham-Sahib*, el inglés criado como hindú, que adoptó como su Dios a la montaña de hielo, esos picachos del Himalaya que parecen colmillos de lobo: el Dur-Khaima. Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, Ash musita:

“Oh, Señor,  
perdona tres pecados  
que nacen de mis  
limitaciones humanas.  
Tú estás en todas partes,  
pero yo te adoro aquí,  
en los Pabellones Distantes”.

Mis libros. Estaban gustosos conmigo. Ellos habían puesto a volar mis pensamientos, y habían ayudado a formar mi personalidad. Hacían causa común con mis sueños.

## ¡Ay, dolor: murió mi Tata!

La noche del 10 de febrero me vino sorpresivamente la idea de que la que me parió, Marina, estaba enferma, y la que me crió, Mamatatía, había muerto. Estaba haciendo cualquier cosa, y ese pensamiento me dejó estupefacto. Lo escribí en lo que llamaba Cuaderno de Notas, una especie de diario de mi vida, aunque no escribía allí todos los días. El martes 11, aguijoneado por el plan de meter preso a Caguanero, que tenía en un puño a los campesinos de El Medanal de los Duendes, llamé por teléfono a la casa de Marina, en Barcelona, y mi hermana Mairene me atendió. Me dio la desagradable noticia, que me paralizó por un momento, de que, efectivamente, como me había asaltado el pensamiento, Mamatatía había muerto, y de que Marina estaba enferma. Inmediatamente, por un ligero instante, no pude continuar con la conversación. Cuando terminamos me sentí dichoso de que tarde o temprano también yo moriría. Siempre había pensado en la muerte, llegando a la conclusión de que me agobiaba un miedo a lo desconocido. Era a ese misterio profundo de la extraordinaria transición de la vida a la muerte. A eso le temía. Sin embargo, la tarde de ese martes, con la noticia de la muerte de Mamatatía, me agarró el pensamiento de que no le tendría miedo a la muerte. El día que me llegara la enfrentaría con valor, audacia, y hasta con placer.

Y desde ese momento se me alojó en el cuerpo la esperanza de que, en el Más Allá, pudiera volver a ver a Mamatatía, aun cuando insistía en mí la sospecha de que al morir todo se desvanecía, volviéndose nada. Desde el

teléfono público hasta la casa donde vivía con mi mujer y mis hijos, me corroía el dolor de que, quizás, nunca más volvería a ver Mamatatía.

## 27 de febrero

El lunes 27 de febrero de 1989 me levanté a las cinco y diez de la mañana, a pesar de que estaba franco de servicio. Lo recuerdo claramente porque el pequeño radio de la mesita de noche tenía reloj de luz roja, y lo primero que vi al poner los pies en las chancletas fue la hora. Tenía veinticuatro horas de permiso porque había estado cuatro días consecutivos haciendo operativos, redadas y guardias nocturnas, y el mayor David Marcano, condolido quizás, de mi facha de hombre cansado, me dejó ir. Por eso, aquel lunes 27 de febrero, me desperté, contento como nadie, a hacer lo que realmente me gustaba: escribir mis vainas y leer esos libros en los que siempre pensaba cuando estaba lejos de mi casa.

Mientras mi mujer, Mercedes hacía el desayuno, yo leía el libro *Mi hijo el Che*, de Ernesto Guevara Lynch, y después de comer me puse a escribir la historia de un negro llamado Henri Christophe, un esclavo de Haití que fue uno de los jefes de la guerra de independencia, y que se puso la corona de rey de la parte norte de aquel país en 1811. Mercedes me trajo de vuelta a este mundo con estas palabras: “Las camionetas no están trabajando porque los estudiantes están alzados en el Puerto”. Se refería a Puerto Cabello, cuyos habitantes, los que vivían en los barrios adyacentes, llamaban así. Miré el reloj y eran las nueve de la mañana, en ese momento sonó el teléfono. Mercedes lo atendió y me dijo: “Es para ti”. Era el Jefe de los Servicios del Comando. Dijo: “Hay problemas”, y también dijo que me presentara cuanto antes. En un abrir y cerrar de ojos mis horas de permiso se fueron al demonio,

y mientras me ponía el uniforme oí que mi vecina le decía a Mercedes que estaban quemando carros en Valencia. Pensé: “La vaina es seria”. Ya estaba listo para irme, y tenía la cabeza de este tamaño, pensando cualquier cosa, en el momento en que besaba a mi mujer y abría la puerta, me acordé de lo que le dijo el entonces joven médico Ernesto Guevara de La Serna a su padre, una mañana de julio de 1953, en la estación Retiro del ferrocarril General Belgrano de Buenos Aires, montado en el tren que lo iba a llevar a Bolivia en su segundo viaje por el continente. Le gritó, volando sobre su cabeza un bolso verde: “¡Aquí va un soldado de América!”. Eso mismo le dije a Mercedes cuando salí, y ella respondió: “Ten cuidado es lo que es”.

A las once estaba en el Comando, y ya el mundo era otro. Los estudiantes de liceos del centro de Valencia estaban poniendo a correr a la policía con piedras, bombas molotov y uno que otro disparo, y la cosa era grave en el Puente de Bárbula, cerca de la universidad, donde tropas de la Guardia Nacional y de la Policía disparaban sobre una montonera de estudiantes encapuchados, que también respondían con balas. Y, para completar, una información del Servicio de Inteligencia le paró los pelos a medio mundo en el Comando: gente que salía de todas partes, como hormigas, estaba entrando a saco en bodegas, panaderías, abastos, supermercados, tiendas, y se llevaba lo que podía. El Jefe de Inteligencia, un oficial bajo y gordito, entró al despacho del coronel Gustavo Chinchilla Márquez, donde estábamos reunidos todos los oficiales, y después de cuadrarse ante el coronel, dijo: “Están saqueando”.

“Les ordeno que salgan y paren a esa gente con las armas en la mano”, dijo Chinchilla Márquez.

Agarré dieciocho efectivos armados hasta los dientes, dos patrullas y un microbús, y el mayor David Marcano, mi jefe inmediato, me destacó hacia el centro de la ciudad. Mientras nos desplazábamos por las calles de la ciudad, que eran un infierno —la gente corría al vernos, gritaban: “¡Abajo el Paquete!”—, se tapaban en las esquinas, y olía a cartucho quemado—, yo pensaba muchas cosas. Llevaba dos años graduado, y una de las actividades que más me afectaban de mi trabajo era reprimir manifestaciones, porque iba en contra de lo que, precisamente en la Escuela de Formación de Oficiales, aprendí a pensar: la gente tenía razones de sobra para protestar como fuera, y yo siempre decía, en una de esas tantas calenturas que agarraba contra el Gobierno, que, en caso de ir a parar una manifestación de grueso calibre, me iba a pasar, con armas y todo, al bando de los manifestantes. Hasta entonces solo había hecho un desalojo de campesinos en las afueras de Mariara, y además de no tolerar ninguna violencia de los efectivos que tenía a mi mando, lo hice con dolor de mi alma porque aquellas tierras pertenecían a unos latifundistas adinerados y poderosos, y esa vez maldije mi posición de gendarme del Gobierno. Muchas veces, en los pasillos de la propia Comandancia, discutiendo de estas cosas con mis compañeros de promoción, y a riesgo de que me oyera un coronel o un general, decía en voz alta: “Esta *iquedemocracia* podrida no vale la pena defenderla”.

Y era que conmigo había sucedido algo inusual, extraño, muy contradictorio. Mientras seguía los exigentes cursos de la Escuela de Formación de Oficiales, que me iban convirtiendo en un gendarme del Gobierno, o, al menos, eso era la intención, yo, por mi parte, y en mis poquísimas horas libres, leía, más bien, devoraba los libros de Mao

Tsé Tung y Lenin, y sobre todo, los libros que hablaban de la guerrilla de Fidel Castro y de las guerras de Emilio Arévalo Cedeño y Mocho Hernández, todo junto. Estas lecturas me envenenaron el alma contra esta *iquedemocracia*. Desde entonces, concebí una idea que todavía no me dejaba dormir: aprender bien el arte militar para después poner esos conocimientos en una revolución. Recuerdo que cuando me pusieron en el hombro las presillas de oficial, durante el acto central de graduación, pensé: “Me gradué de subversivo en un aula militar”.

Por eso, aquel 27 de febrero, montado en una patrulla, iba pensando que, quizás, el momento de desertar, como lo hizo el oficial inglés Ashton Hillary Akbar Pelham-Martin en la guerra afgana de mediados del siglo pasado, había llegado. Y entonces tomé una decisión heroica. Me metí en la plaza Bolívar, y mandé a estacionar los carros alrededor de la plaza, apostando a los efectivos detrás de las ventanillas en una posición defensiva, y les dije: “Nosotros no vamos a actuar, a menos que nos ataquen. Nadie dispara ni sale de la plaza”. Era mediodía. Un cabo primero arrugó la cara, se acercó y cuadrándose, dijo: “Y entonces, ¿a qué vinimos?”. Lo miré recto, con dureza, y le dije: “A obedecer”. Y saqué la pistola, la monté, y dije en voz alta: “Al que dispare o salga de la plaza sin mi permiso le pego un tiro”. El cabo primero dio media vuelta y regresó a su puesto.

Allí estuvimos hasta que se hizo de noche. Un inspector de la policía, como con doscientos uniformados, merodeó todo el día cerca de la plaza, tratando de dispersar a los manifestantes, y a eso de las cinco de la tarde vino a verme, queriendo saber por qué no lo apoyaba. Le dije:

“Cumple con tu vaina, pero no te metas en la plaza. La plaza es mía”. A las ocho de la noche me llamó por radio el mayor David Marcano. Me ordenó, furioso, que regresara al comando y dejara a los efectivos al mando de un oficial que estaba en camino. Al llegar al comando, el jefe de los servicios, malencarado, me dijo: “¡Usted tiene arresto severo en cuadra por insubordinación!”.

## ¿Qué hacer?

Me cogí el día. Pienso que no lo notarán por la confusión de tantos reposos, aunque dos nada más, que pueden distraer a la persona más interesada en mí. ¿Quién? ¿Cómo saberlo? Pero me robé un día y, a decir verdad, me importa un bledo que se den cuenta o no. Total, no puedo zafarme de ellos. Es mi trabajo. Al que aborrezco. ¡Cómo quisiera mandar al diablo ese trabajo! Pero la necesidad tiene cara de perro. ¿Desde cuándo oigo decir esa frase que, a veces, como hoy, me apesta? Sí, debo seguir atado a algo que me da náuseas, por necesidad. Y mañana empieza, una vez más, ¡cuántas veces!, la intoxicación de ser gendarme del Gobierno, ese malestar acre que me roe el estómago. ¿Hasta cuándo? La pregunta me arranca un súbito impulso, sin embargo la respuesta me golpea como una bofetada: ¡hasta que decidas ser tú mismo, Raúl! Hace rato pensaba en lo bueno que sería vivir y hacer las cosas que realmente me gustan. Maestro en una escuela de párvulos impávidos; construir mi casa en estilo antiguo, aquí en Puerto Cabello; ¡soñar con cambiar el mundo! Y acaso no hacer nada, inanimado e inerte como las esculturas de las sirenas postradas en el suave resplandor de la tarde de la fuente mohosa, en mitad de la blanca explanada del malecón, desde donde yo advierto revolotear en el aire, como alas de colibrí, un aroma salobre que me huele a felicidad.

Cada vez el crecimiento desmesurado del materialismo me hace reflexionar. Siento que me aplasta la realidad, demasiado evidente, de un capitalismo que convoca, que atrae, que amarra, que vicia. Pienso que, realmente,

el único camino que queda por recorrer, y que es la única alternativa que se superpone por encima de cualquier idealismo, y que, incluso, parece servir de puente, de guía infalible, para hacer realidades objetivas el subjetivismo de nuestras metas, las ilusiones de nuestros sueños, la garantía de nuestras vidas, es utilizarlo en su contra; es decir, con él contra él. En una oportunidad, hace más de tres años, quizás cinco, escribí que el capitalismo era un sistema hipócrita y el más dañino de las creaciones de las sociedades todas de la historia. Reflexionaba de esa manera porque pensaba, y pienso, que el capitalismo ha corrompido al hombre, y que, aunque la genética interviene en la conducta retrógrada de los seres humanos, el medio ayuda a moldear los caracteres, y la sociedad capitalista, con la avalancha de su materialismo, ha convertido al hombre en una especie más dañina de lo que realmente es. Sin embargo, y con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que el materialismo, definitivamente, es un medio para edificar un sistema socialista.

40

La pregunta me estalla, me rodea de imágenes en explosión, me deja inerte, seco, cavilando: ¿qué hacer? Carajo, quiero escribir la novela *La lanza que mató a Boves*, postergada por la incomodidad de esta vida al aire que llevo, sin asentamientos, sin lugares adecuados donde echar a vuelo el tropel de la imaginación. Pero ya agarro la decisión postergada. La vida para mí es leer, escribir. Total: soñar. Y es un año, de teorías edificatorias, que me queda por delante. Un año de postergación para mis sueños más caros, que son el lustre de mi vida. Un año en que debo materializarme: ahorrar dinero, construir la casa. ¿Y mientras tanto? Dos cosas irreemplazables: escribir en el periódico –“Para mantener el brazo caliente”, como dijo

Gabriel García Márquez—, y leer. Pues un clamor de libros encarcelados, ya mohosos apolillados, me piden: ¡libéranos! Les haré caso a sus voces. Desgarraré las cajas en que gimen con la mordaza del óxido y donde esputan las cucarachas desde sus páginas ya ennegrecidas.

¿Qué hacer? La pregunta ahora es un espejismo disuelto.

## Traslado a Puerto La Cruz

Estaba sentado en la calzada del malecón, en cuyos bordes daba ligeros golpecitos el agua tranquila del mar. Era una pequeña hondonada artificial la que, por un levísimo recodo, se llenaba de aguas marinas. Estaban erizadas las aguas, y de vez en cuando, se producía un chapoteo en el que centelleaba la cola de un pez alborotador.

Había decidido pedir un traslado de Valencia a Puerto La Cruz. Pensaba contribuir, con mi uniforme de oficial, a producir la lucha revolucionaria en mi terruño, y a hacer otras cosas además. Sí, trabajaría entonces por conseguir el traslado a Anzoátegui, y al viajar a Barcelona, metería en cintura al bandido Caguanero, que robaba a los campesinos de El Medanal de los Duendes, y ver a Lisbeth. Pensaba mucho en ella. Había sido la niña que se bañó conmigo desnuda en la laguna de El Medanal de los Duendes, y a quien logré besarle el pelo mojado. Quería saber si estaba comprometida o permanecía soltera, libre de compromisos. Si era así, entonces la conquistaría, aunque fuera lo último que hiciera en mi vida.

42 A lo mejor era una tontería hasta pensar en ella. Pero quería comprobar si estaba sola, y si necesitaba compañía. Entonces cambiaría su vida.

El sol desapareció, tragado por espesas nubes grises.

Logré el traslado a Puerto La Cruz. Y un día supe que se había matado Julio Guararima. ¡Cómo hubo gente en su entierro! La fila de carros llenos de personas era larga, y en todos los rostros se veían arrugas de tristeza, lástima,

y se oían sollozos de alguien a quien la desgracia y el sacrificio inútil de su muerte le dolía. ¡Carajo, qué arrecho! A él, precisamente. El más pobre, el menos indicado para morir, el que más hacía falta en el mundo: ¡él, carajo, Julio Guararima, muerto!

Me tenía mucho aprecio. Yo también nunca dejé de estimarlo. Había sucedido que un camión-volteo iba desliziándose, resbalándose por el asfalto mojado, y el chofer ebrio, al cruzar la curva, se enfrentó al camión 350 donde iban Julio y su pequeño hijo Adrián, un jovencito de dieciséis años. Se estaban riendo, por lo chistoso y juguetón que era Julio Guararima. ¡Qué se iba a imaginar! Y de pronto el choque, el camión 350 que se volcó y acostó en el barranco, y el camión-volteo que dio una voltereta. Julio y Adrián salieron despedidos. Los otros se agarraron con fuerza de las barandas del camión 350 y resistieron el empujón. Julio recibió un golpe que lo aniquiló, no alcanzó siquiera a sorprenderse. ¡Todo fue tan rápido! Y cuando su cuerpo se estaba aflojando, cuando sus pensamientos desaparecían, acaso su mujer Lucila y sus hijos, ¡que eran tantos!, pasaron veloces ante sus ojos ya nublados y ciegos de muerte. Y la arena del camión-volteo le cayó encima, lo sepultó. Adrián, el jovencito, quedó tapiado y su cuerpo reventó de asfixia.

¡Carajo, Julio, qué vaina! Dejaste una familia numerosa que tanto necesitaba de ti. ¡Qué gentío quedaba huérfano! Las urnas de hojalata las regaló el Gobierno. ¡Qué carajo! ¿Verdad, Julio? Y la misa se hizo interminable. El cura no quería terminar el sermón. Y los acordes de la tamborera indígena, atronando en las calles, en las caras, en los corazones del gentío que pensaba solo con el llanto en los ojos.

¡Qué lástima! Hombros no faltaron para cargar las urnas de hojalata. Y delante de la gente, de toda la gente que quería llevar las urnas de hojalata, los músicos de guitarra de la Hermandad del Niño Jesús tocaban la vieja melodía de los santos patronos de Caigua. Yo iba detrás, de último, inanimado, con una gran sorpresa en el cuerpo, y con la mirada atónita y el nudo en la garganta de los que se niegan a creer.

“Nos vemos, Julio”, susurré.

## El bandido Caguanero

Fue durante una licencia de fin de semana que me monté en una camioneta y fui a El Medanal de los Duendes a visitar a mis parientes y a recordar mis felices días de infancia. Quería ir por los caminos cubiertos de hierbas, por las chorreras ahondadas, por las quebradas secas, por las barrancas de los mayales, por las lagunas con aguas de limo verde. Pero llegué aquel día a El Medanal de los Duendes cayendo la tarde, y pronto se hizo de noche. Fui a la casa de mi primo Julio Aruspón, y, conversando, me dieron un pocillo de ron. Se apareció el Negro, otro primo.

“¡Caramba, cuánto tiempo!”, dijo.

Y nos dimos un abrazo.

Y la mujer del primo Julio me presentó las dos hijas que tenían.

“¡Qué bonitas!”, dije con la mirada larga.

Y les sobaba las manos, y ellas se reían. Y el Negro me pasaba el pocillo y yo bebía. Pronto el rancho de ladrillo y techo de zinc se llenó de gente, y yo sentía las orejas arder, sudaba y me tambaleaba. Hice sentar a las muchachas cerca de mí y les hablaba. Los campesinos que llegaban me hacían rueda, reían de mis ocurrencias, mientras el pocillo circulaba de mano en mano. Y, cuando se acabó la botella de ron, el primo Julio Aruspón se lamentó.

“Carajo”, dijo, “si yo hubiera sabido que usted venía compro una caja de ron. Pero no sabía, primo, qué vaina”.

“Yo voy a comprar”, dijo el Negro.

Y se montó en una yegua, haciéndola caracolear en el patio. Yo le di el dinero. El Negro partió al galope.

“¡Qué noche tan tinta!”, dijo alguien. “¡Se puede cortar con un cuchillo!”.

“¿Y si tropieza con un tronco?”, preguntó otro.

“¡Qué va el Negro es baqueano, conoce todos los caminos!”, dijo quien había hablado primero.

Yo reía con lo que decía el primo Julio, y de vez en cuando, les sobaba las rodillas a las dos muchachas, que me miraban con ojos brillantes y cuchicheaban: “¡Qué primo!”. No supe cuánto tiempo había pasado, y de repente llegó el Negro con otro jinete que no reconocí en seguida. Pero cuando se acercó, tambaleante y vociferante, supe quién era. El Negro desmontó y, mientras me entregaba una botella de ron, me susurró al oído: “Caguanero se bebió la otra por el camino”.

“¿Dónde fuiste a comprar?”, le pregunté.

“A la casa de Perro Velón”, contestó el Negro.

Era el padre de Caguanero.

“Está bien, no te preocupes”, le dije.

A partir de ese momento, yo sentí el estómago liviano. Y, poco a poco, me fui enfureciendo.

“Maldito indio”, mascullaba.

Me dolía el abuso de que el carajo se hubiera bebido la botella como si fuera de él. Respondí fríamente a su saludo cuando el indio Caguanero se acercó y me palmeó el hombro. Cuando quiso sentarse, rodé la silla a un lado.

“Siéntate en ese tronco”, le dije, señalando uno, curvado y de raíces gordas.

Julio ya servía el ron en pocillos de peltre, reanudaba la conversación, pero las muchachas se habían ido.

“¿Dónde estarán?”, me preguntaba con el rostro encendido por la cólera.

Y de un solo trago, con furia, me volqué todo el contenido del pocillo, mientras miraba de reojo a Caguanero, quien protestaba.

“Ajá, quiere todas la sillas pa él”, dijo. “Bien, tú eres un general, llévame preso, pues”.

Me levanté de un salto y, tomándolo por un brazo, le grité:

“¡Te montas en tu caballo y te vas de esta mierda!”.

Y, mientras lo empujaba, le decía: “Tú no eres hombre para nadie. ¡Vete, antes de que te de una paliza!”.

Y volví a sentarme. El indio Caguanero quedó recostado del animal, y cuando me volcaba el pocillo en la boca abierta, él deslizó de la gualdrapa un machete y gritó:

“¡Ven acá, marica! ¡Ven a darme la paliza! ¡Tú no eres nadie, pila de mierda!”.

Y aleteaba el machete. Yo me le fui encima, pero manos veloces me agarraron, me detuvieron.

“No vaya a pelear, primo”, dijo el Negro, “quédese tranquilo”.

El indio vomitaba obscenidades, y yo rodeado de campesinos.

“Cálmese, primo, no le haga caso”, dijo Julio Aruspón.

Una de sus hijas se coló entre la gente y me abrazó, sollozando.

“¡Está bien, no voy a pelear, pero que se vaya, no lo quiero ver!”, grité.

Julio Aruspón corrió a la casa y salió con un garrote en la mano.

“¡Te vas de mi casa!”, le gritó al indio.

Caguanero todavía vociferaba cuando montó en su caballo. Partió velozmente.

Me calmé, senté a las dos hijas de Julio cerca de mí, y les hablaba con el pocillo de peltre en la mano. El Negro reía y Julio cruzaba las piernas. Descorchó otra botella, que yo no sabía de dónde la había sacado. Sentía el estómago liviano, y ya no agarraba el pocillo de peltre porque tenía los puños apretados. Tampoco hablaba porque los dientes me rechinaban. Pensaba en Caguanero.

“Primera vez que alguien me falta el respeto y yo no le cobro la afrenta”, le dije a mi primo el Negro días después. “Por ustedes no lo trompeé. Pero no he podido dormir desde entonces. Y he venido a buscarlo”.

**48**

Tenía la voz temblorosa por la indignación.

“Te comprendo”, dijo el Negro. “Y, si aquella vez evité la pelea, esta noche te voy a ayudar a encontrarlo. Aunque será difícil, porque ese tipo nunca duerme en un mismo sitio”.

Noche hermética. Cielo sin lumbre. Zumbido de grillos en la hojarasca de los matorrales inmóviles. Noche quieta, olor a tierra húmeda. Yo había llegado de improviso ante la reja de troncos y el ladrido de un perro hizo que se

abriera, con un crujido, la puerta de la casa de caballete. Y se aparecieron Nina y el Negro, curiosos y expectantes.

“Espero que me sirvas de baqueano”, dije. “Ya se me olvidaron estos sitios de El Medanal de los Duendes y me perdería si me aventurara solo con los guardias”.

“No te preocupes, iremos”, dijo el Negro. “Pero tendrás que prometerme una cosa”.

“¿Cuál?”, le pregunté.

Nina, la madre del Negro, se acercó a la reja, espantando a los perros, y enseguida me reconoció.

“Mira el loco este”, dijo. “¿Qué haces tú por aquí a estas horas?”.

Miraba con recelo los tres hombres desconocidos que me acompañaban.

“Vengo a visitarla”, dije. “Es bueno que el sobrino visite a su tía”.

Nina abrió más la reja y me preguntó casi al oído:

“¿Y esos hombres?”.

“Amigos míos”, le dije.

El Negro se me acercó por detrás y me dijo también casi al oído:

“Prométeme no comprometerme. No quiero que Caguanero me reconozca”.

“No hay problema”, le dije. “Sabremos confundirlo”.

El Negro sacó unas sillas para los tres guardias, que se sentaron en el patio, y mientras su madre hablaba con ellos, que, para no alarmar, tapaban con

sus chaquetas las armas que llevaban en la cintura, él se apartó conmigo y cuchicheamos en un costado de la casa.

“¿Podemos irnos?”, le pregunté.

“Sí, estoy listo”, dijo él.

Regresamos al patio. Había hileras de retoños de sábila. Los perros estaban echados a los pies de Nina. Yo le di una palmadita en el hombro a mi tía y le dije a los guardias sentados que nos íbamos.

“¿Qué van a hacer ustedes?”, preguntó Nina, poniéndose de pie.

“A cazar”, dijo el Negro, metiéndose por el negro boquete de la puerta.

Pronto salió con una escopeta terciada.

Enfilamos hacia un costado de la cerca de troncos que rodeaba la casa. Salimos al monte tupido, pasando por entre la alambrada de la cerca, y resbalamos por el lodazal, siendo cuereados por los bejucos de los arbustos que nos cerraban el paso. Había llovido.

“En la tardecita cayó un palo de agua”, dijo el Negro.

Nos caía rocío cuando tropezábamos una mata.

“El indio Caguanero acostumbra quedarse una que otra noche en el rancho de su padre Perro Velón”, dijo el Negro.

Hacía frío. Desembocamos en un descampado donde blanqueaba el *jeep* en el que había venido con los guardias. Tenía empapado el cristal de las ventanillas. El guardia Belmonte frotó el vidrio con la mano.

“El chofer está roncando”, dijo.

Los otros dos guardias soltaron una risita.

“Vamos a la casa de Perro Velón”, dije.

Y remontamos la pequeña cuesta, arrugada de barrancos, de tierra tan blanca que parecía rociada de cal y que rompía la negrura de la noche. Al bajar la cuesta del otro lado nos detuvimos en un cujisal.

“Este es el plan”, dije.

El Negro llegó a la casa, tocó la puerta, un perro ladró. El Negro sintió el aliento cálido del hocico en los tobillos de sus pies, que lucían redondos, apretujados los jarretes por las alpargatas. Olía a boñiga. El Negro agudizó el oído y no oyó roncar a nadie, solo la voz de Perro Velón.

“¿Quién es?”, preguntó.

“Nosotros esperaremos aquí”, explicaba yo mi plan.

Me paseaba de un lado a otro, y los guardias, acuclillados, fumaban en silencio.

“Es el Negro”, dijo el Negro. “Vine a comprar una botella de ron. Llegó Juancho con unos amigos de la ciudad y quieren tomarse algo”.

No se oía ningún ruido dentro de la casa. La pared estaba agrietada en una esquina. El perro ya no ladraba y estaba parado en medio del patio con las orejas erectas. El Negro, en puntillas, se acercó a la pared derruida, se agachó y atisbó por entre las varas desportilladas y dientes de lodo reseco. No vio ni oyó nada.

“No está aquí”, pensó.

“Cuando regrese el Negro”, explicaba yo mi plan, “él se quedará aquí y nosotros entraremos en la casa tumbando puertas y encañonando a todo el mundo”.

“No tengo ron”, dijo Perro Velón. “Ayer vendí la última botella”.

El Negro se incorporó.

“Está bien”, dijo. “Disculpe la molestia”.

Dio media vuelta y regresó al cujisal.

“No está ahí”, dijo.

“Malhaya”, dije yo. “¿Dónde puede estar?”.

“Caguanero tiene un ranchito de palos en la montaña”, dijo el Negro.

“¿Queda lejos?”, le pregunté.

“Más o menos”.

“¿Y estará allá?”.

“De eso puedes estar seguro”, dijo el Negro. “Si no está aquí, debe estar en su ranchito, durmiendo con su india”.

“Entonces vamos”, dije.

**52** Tomamos el mismo camino por donde habíamos llegado, y al pasar cerca del *jeep*, el guardia Arabia golpeó con los nudillos la ventanilla donde negreaba el pelo enmarañado de la cabeza del chofer.

“El maldito sigue roncando”, dijo.

Pasamos por el tapón de la laguna de El Medanal de los Duendes. Pude ver los limos y platanillos, además de una hilera de luciérnagas sumergidas en la orilla, hiriendo el agua con sus diminutos candiles rojizos alineados

como el alumbrado de una pequeñísima ciudad acuática. La noche era impenetrable. Tomamos el camino diluido en el descampado de tierra rojinegra, bajamos por una cuarteadura de chorreras orillada de yacales, y llegamos a la quebrada. Yo la recordaba honda y con filos de barrancos, pero era apenas una rajadura, casi a ras del suelo atormentado de pezuñas. Cuando uno de los guardias se resbaló en el lodo, se oyó un chasquido y cayó de rodillas en un charco maloliente, no en la poza profunda y fría que yo imaginaba. Caminamos un trecho llano y herboso, por un sendero hondo y de bordes duros. Y después remontamos la cuesta del cerro que blanqueaba, calvo y hediondo a bosta y a meados de cabra. Un viento frío bajaba de la montaña. Íbamos silenciosos. El Negro punteaba y detrás de él iba yo seguido por los guardias que, a cada momento, enterraban sus botas en un charco y se salpicaban los ojos. Empezamos a trepar la montaña.

“A partir de ahora no hay camino”, dijo el Negro. “Subiremos más rápido por el lado pedregoso y resbalaremos menos”.

Yo asentí, y, mientras subíamos, aferrándonos a las redondas piedras con pies y manos, dije que, cuando era un muchacho, coronaba la montaña descalzo y bajaba saltando de rama en rama.

“¿Cómo Tarzán?”, preguntó uno de los guardias.

Y los otros rieron bajito.

“Las espinas se partían en la callosa y dura planta de mis pies”, dije, sin hacerles caso.

“Ya llegamos a la barranca”, dijo el Negro.

“Me conocía todos los huecos de esta montaña”, dije. “Podía andar con los ojos cerrados y nunca tropezaba, ¿verdad, Negro?”.

“Cierto, primo”, dijo el Negro. “¡Afínquense duros!”.

El guardia Belmonte, que iba a mi lado, resbaló y cayó de bruces sobre un moño de raíces.

“¡Ay, carajo!”, gritó.

“¡Esto es lo que les hace falta a ustedes: entrenamiento de monte!”, dije, mientras lo sacaba de debajo de las raíces.

Pero, en una torcedura de la barranca, caí de rodillas.

“¡No joda!”, dije.

Me levanté de un salto y seguí tras los talones del Negro, que, en la oscuridad espesa, ni siquiera tropezaba. Esquivaba las ramas de espinas, las redondas y erizadas hojas de guaritoto, el bejuco de los arañagatos. Cuando llegamos al altozano, descubriéndose ante nosotros el hondo camino de cabras, lo vimos agacharse y palpar la hondura del camino enlodado.

“Hace apenas tres horas pasó una yegua por aquí”, dijo.

Se puso de pie y me dijo:

“Es la yegua de Caguanero”.

Y, sin dudar de la apreciación de mi primo, sonreí con una mueca agría.

“¡Sigamos!”, dije.

Continuamos avanzando. Crujían los arbustos. El Negro vadeaba los matorrales espesos. De pronto se detuvo.

“¿Qué pasa?”, le pregunté.

“Perdí el camino”, dijo.

Y era que el camino hondo, de súbito se adelgazaba y desaparecía en un alud de yerbajos altos en el que ahora estaban sumergidos botones rojos, como restos de incendio, que se paseaban por las ramas de la yerba y parecían chamuscar las hojas estremecidas por una brisa que zumbaba en la copa de los árboles. Las hojas se movían con las luciérnagas como lengüecillas ávidas.

“Espérenme aquí”, dijo el Negro. “Voy a buscar el camino”.

Y se internó en el bosque. Chasqueaban sus pisadas, dejaron de oírse y cayó el silencio que tapaba los oídos. Crujió de nuevo la hojarasca y surgió la figura recortada en los arbustos. Un guardia fumaba, y el ojillo rojo frente a su cara parecía una luciérnaga moribunda que prendía y apagaba.

“Ya lo encontré”, dijo el Negro. “Vengan”.

Avanzamos, pisando en desorden y tropezando con troncos tumbados, raíces erguidas y piedras ocultas en la hojarasca. Cuando llegamos a una hondonada, el Negro se detuvo.

“Subiendo la loma está el ranchito”, dijo.

Rodeamos la casa. Los guardias y yo teníamos los revólveres en las manos. Se oyó un estornudo adentro.

“¡Caguanero!”, lo llamé.

No hubo respuesta.

“¡Caguanero!”, lo volví a llamar.

Y contestó un ronquido. Pensé que era él quien roncaba, y me dirigí a la puerta de trancas. Les hice señas a los

guardias de que dispararan al aire. Cuatro detonaciones simultáneas estallaron en la noche, y en el ranchito hubo movimiento de pisadas, hicos que frotaban los horcones.

“¡Sal de ahí, Caguanero!”, grité.

“Ya voy”, respondió una voz ronca y trémula.

Se oyeron cuchicheos de mujer.

“¿Y si el maldito tiene una escopeta?”, pensé.

Me tiré al suelo y los guardias me imitaron.

“¡Sal de ahí, Caguanero!”, volví a gritar.

“Ajá”, dijo la voz ronca.

Pensé que se tardaba mucho, y poniéndome de pie, derribé las trancas de la puerta a patadas. Metí la mano armada en el boquete y disparé. Metí la otra mano y lo agarré.

“¡Sal de ahí, maldito!”, dije con odio.

Y mientras lo sacaba, le desgarré la franela y lo empujé. Cayó de rodillas. Un guardia brincó, le tomó las muñecas y le ciñó las esposas, otro le vendó los ojos, y el otro lo puso de pie, apretándole la garganta. Una mujer gimoteaba. Me asomé por el boquete.

“Usted se calla y se duerme tranquilita”, le dije.

El guardia Figuera empujó a Caguanero, que temblaba de miedo, y nos pusimos en marcha.

## Una dama haitiana

Una tarde en el Comando Regional. Había ido a notificar que se le habían extraviado sus documentos. Se llamaba Aliette. Por su cuerpo, otrora esbelto, expectoraban siete décadas intactas. Como las aletas de un candil abrazado por lienzos de sombras, todavía reverberaba en su silueta agradable la brillantez desternillante de su juventud. Era una mulata. Esa casta entre dos aguas que biselaba, con tajos refulgentes, los escorzos umbrosos de la historia de Haití. Cuando la vi, sentí tropezar con la mitad de ese glorioso pueblo. Me fui de bruces en sus ojos marrones, como engullido por un vacío desfondado en el que, cayendo sin caer, me aventé por ese sur haitiano, oyendo voces conocidas y encandilados rostros nunca vistos. El nada mentido sortilegio de las tierras de Haití, parecía tragarme cada vez que se alisaba sus pasudos cabellos castaños, con esa exquisita pretensión acechada de atavismo que la impulsaba a quedarse en el vértigo de la presunción blanqueada, esa levísima exhortación corporal con la que se acicalaban los haitianos de piel clara, y que distinguía a ese país singular de reflejos umbráticos con un suavísimo europeizado.

Era en su pelo pasado, que merodeaba con rebeldía por los escotes apergaminados de su cuello, donde parecía ladrar el tambor del vudú. Allí resonaban, con histeria, envueltos en ese embrujo sensual y enigmático de las miradas largas y los cuerpos sudados, los gritos del África en las tibias noches de América. Alejandrinos salvajes que, con tañidos bronceos, sincopaban al compás de los

furiosos resoplidos de la piel de carnero amarrada sobre un tronco hueco, donde desgañitaban el Petro y el Rada sus tremebundas transfiguraciones licantrópicas de espe-luznantes resonancias. Tronaban los caminos rojos de la meseta central de Haití, cuando despegaba los labios con un mohín afrancesado, soltando exóticos rudimentos castellanos para levantar una rodela y cubrir a Pétion de mis inocentes embestidas bienintencionadas.

“Él, Betancourt, decía siempre: gracias al gran Pétion”, dijo, con un gentil reproche.

Yo calculaba que ese reproche era como una pendiente escarpada, atrayente por sus colores chillones, como las erectas cumbres haitianas, que requerían esfuerzo tramonarlas. Estaba sentado frente a ella. Le había estrechado la mano con gusto, deseoso de que me contara la historia de Haití. O para hablar de tres negros obstinados que hicieron creíble una increíble rebelión de esclavos. Le hablé de ellos. Traté de pronunciar a duras penas sus nombres. Lo hice defectuoso, tal cual como se escribían: Toussaint, Dessalines y Christophe. Ella me corrigió con ese gentil reproche que me semejaba montañas altas y deseables, pero dificultosas de subir.

58

“Tussen, D’esalin y Kristof”, articuló con elegancia, como si estuviera parloteando en La Sorbona o en el Café de la Regencia de París.

Y hablamos. ¡Cómo salmodiamos el pasado de ese pueblo! ¡Cómo descosíamos las más tejidas leyendas! ¡Apasionantes, extravagantes! Me contó, le conté, nos contamos la dramática sublevación del manco Mackandal. El terrible mandinga. Intentó envenenar a todos los blancos franceses de la Gran Llanura del Norte. Se con-

vertía en cuervo, en lagarto. Y hablaba el lenguaje de las fieras. El día en que las autoridades lo agarraron y lo ataron a un palo, donde chisporroteaban lenguas de fuego, se zafó de sus ligaduras y voló convertido en buitre. Y eso no es nada, Toussaint, un hombrecito negro, pequeño y delgado, esclavo, leía *Los comentarios de las guerras de las Galias*, de Julio César, *Las fantasías*, del mariscal de Sajonia, y *La historia de las guerras*, de Heródoto. Disciplinó una manada soliviantada de esclavos y derrotó las tropas inglesas de Jorge IV. Dessaline, esclavo cruelísimo, que, al frente de una estampida de ébano, puso en fuga a los soldados de Napoleón Bonaparte, echándolos al mar. Christophe, negro de nariz recta y ojos amarillos, que colocó una ciclópea fortaleza en uno de esos altos cerros haitianos que juguetean con las nubes, como si colocase un bonete en la calvicie de un obispo.

Se rio. Nos reímos. Y entonces exaltó mi imaginación vagabunda y resabiada cuando me habló de las mulatas, esas esculturales mujeres haitianas de mirada danzarina y erguido nalgatorio, que aventaban latidos de corazones con su acanelado pigmento de pieles relucientes, bellísimas, donde hervía una sangre que quemaba y abrasaba, como orujos de leños encendidos.

Los mulatos. El sur. La mitad de la historia de Haití brincaba en el titilar de sus siete décadas intactas. Oía un trueno que se desgajaba, con un estrépito de millares de chispas, desgarrando esa sábana nubosa, de interminable blancura, que cubría la tierra haitiana, cuando me dijo, con un destello coqueto barriéndole las pupilas marrones:

“Las manos de Haití son las mulatas”.

## Lisbeth

Fui a El Medanal de los Duendes. A hablar con Lisbeth. Y me subí a la mata frente a la laguna. Era para verla sin que me viera, como cuando era niño, que la veía correr descalza por las orillas de la laguna, con las greñas al aire, espantando las babas. Recordé cuando nos bañamos desnudos en la laguna, mostrándonos nuestros cuerpos lampiños. Éramos unos muchachos que no llegábamos a diez años, y sin embargo, yo tuve una erección gloriosa y la perseguí en el agua. Solo alcancé a estampillarle un beso en el pelo mojado, pegado a su cara.

En las ramas de la mata también recordé cuando cumplió quince años. No sé si era viernes o sábado. Ramón *Platero* Pérez me dijo: “Van a bailar esta noche en casa de Lisbeth”. Y punteando la tarde vi a Maritza Hurtado, la madre, pasar por el tapón de la laguna con una bandeja en la mano, cubierta con paños de encaje hilados de blanco y cruzados de lacitos azules.

“Carajo, esa es la torta”, pensé.

60 Yo tenía dieciocho años, era tres años más viejo que Lisbeth.

No fui a su cumpleaños. Volví a la ciudad al día siguiente a hacer la vida que vi en la serranía sumergida entre las nubes, desde el descampado colorado cerca de la casa de mi madre. Esa fortaleza violeta abrazada con la lejanía. Ese sendero amarillo que me traía olor de rumbos desconocidos.

No la vi correr descalza, con las greñas al aire, el día que fui a hablarle, y a nadie le pregunté por ella. Bajé de la mata solo con los ojos puestos en la puerta de mi carro.

Unos años después viviría una paradoja dramática, con Ana Beatriz, de un cuento que escribí de un amor entre Lisbeth y yo. Había sido que, en vez de ir al Amazonas, al Delta y a los Andes, como había pensado, conocí a Ana Beatriz. El cuento que escribí se refería a que, en mitad de un odio por litigio de tierras entre la familia de Lisbeth y la mía, logré persuadirla de que huyera conmigo la misma noche de sus quince años. Y luego de casi medio año conmigo, se antojó de visitar a su madre. Tuve que complacerla, acompañándola hasta las inmediaciones de la casa. Una vez que entró, no la dejaban salir por nada del mundo. Pensé escribir que me quedaba esperándola hasta que me convencía de que era inútil y recogía mis pasos con el dolor de la pérdida irremediable, o iba hasta la casa a ver qué pasaba y, con dos pares de bolas, desde la puerta, le ordenaba que saliera. Escribí que eso fue lo que hice. El resultado fue que no salió, porque, aunque llorosa, estaba hombro con hombro con la madre. Su padre, rojo de cólera, salió de alguna parte con una escopeta en la mano y me echó con la amenaza irrevocable de que me iba a pegar un tiro.

Casi me sucedió esto en la vida real y no, por supuesto, con Lisbeth, sino con Ana Beatriz. A Ana Beatriz me la robé una pacífica mañana de finales de diciembre, llena de sol o con sol pleno, en el carro Malibú, de color blanco, de mi compadre Juan Tornell. Menos de una semana, o una semana, vivimos juntos. Ella, asediada por la familia, me abandonó.

A instancias mías fue al apartamento de sus padres a buscar unas joyas que, en el apuro de la huida, se le habían quedado. Yo quería que ella las tuviera para poder

llevarla conmigo a cuantas reuniones se me presentaran en las diversas actividades culturales en que estaba metido. Ana Beatriz era muy linda, y yo, por pura vanidad de mi corazón, quería lucirla a mi lado. Fue a su casa. Yo la esperé a varias cuadras, impaciente, el tiempo fue pasando, y Ana Beatriz no aparecía. Entonces, temiendo lo peor, exageradamente alarmado, caminé a grandes pasos hacia el apartamento. Subí las escaleras velozmente, llegué, toqué, y me abrió ella misma. Estaba rodeada de su madre, su tío, sus hermanos. Intentaban convencerla de que regresara a casa. Quisieron hablar conmigo, hacerme entender que estábamos cometiendo una locura. Yo, creyendo que libraba una guerra santa, me opuse con toda la soberbia de que era capaz un necio e ignorante, y llegué hasta el atrevimiento de agarrar por un brazo a Ana Beatriz para obligarla a salir conmigo por la puerta. El tío se me acercó, amenazante, Ana Beatriz se interpuso entre ambos, finalmente salimos. Yo iba con cara de triunfador. No sabía que era una victoria efímera, y que el final de la historia se había hecho previsible, inmediato, cercano, cuestión de horas.

## 4 de Febrero

A las once de la noche del lunes 3 de febrero de 1992, yo estaba en el dormitorio del Comando Regional de Valencia, pensando, con dolor, que iban a dar un golpe de Estado y que no me podía meter en él. No lo creía: “Carajo, un golpe de Estado y yo aquí”. Y era que lo sabía desde noviembre, y por más esfuerzo que hice, aprovechando que era Jefe de Operaciones de la unidad de inteligencia, no pude llegar, como no pudo nadie, a la cabeza de la conspiración, que se sabía que estaba en el Ejército y montada desde hacía años.

Por allá, por diciembre, amanecí una mañana lleno de júbilo porque cayeron en mi oficina, con ojos de trasnocho revuelto con susto, dos sargentos técnicos del Ejército, llevados a punta de pistola por mis guardias con la tremenda sospecha de que estaban bien zampados en algo que olía a golpe de Estado. Los miré de arriba abajo, me quité los lentes, que, ¡malhaya nunca!, me dan un aspecto insufrible de hombre frágil y cara de muchacho estudiante, y los interrogué de mil maneras, esperando encontrar la huella de los otros, los jefes rebeldes.

No me dijeron nada, y entonces, desesperado, les mandé a dar unos cuantos coñazos, y aun así, lo que obtuve fue una mísera información que no me permitió llegar a ninguna parte. Estaba mal porque lo que se decía era que el golpe se iba a dar el 17 de diciembre de 1991, y yo, hombre con la sangre de ponzoña, que se había leído con una alegría de todos los diablos libros de las guerras de Zamora, Crespo, el Mocho Hernández, Arévalo Cedeño, Rafael Si-

món Urbina y, cómo no, los que hablaban de Pancho Villa y Zapata, Sandino y la guerrilla de Fidel, y con las palabras furibundas de mi tío abuelo Juan Mejías tronándome en la cabeza, no iba a participar. Era que, desde temprana edad, y gracias a que me crié por allá por Caigua con Mamatatía y Juan Mejías, gente de las de antes, con eso del honor y la palabra empeñada en el gesto de todos los días, me di cuenta de que en el mundo había mucha injusticia y que lo que pasaba en Venezuela era como para agarrar un fusil que escupiera plomo y echarse al monte.

En eso pensaba aquel lunes 3, medio acostado en la cama y vestido con un chaleco antibalas cruzado entre pecho y espalda, y sobando el acero frío de la sub-ame-tralladora HK, sin una seña de cansancio, y eso que llevá-bamos veinticuatro horas seguidas acuartelados. “Coño, y voy a tener que echarles plomo”, pensaba, pero en el fondo acariciaba la idea de hallar un momento y unírmeles, y entonces me tranquilizaba, y, cuando cerraba los ojos, veía la cara de Mamatatía sonriéndome y diciéndome, con esa particular manera suya de hablar: “Échale bola, mijo”.

Casi a la medianoche el golpe de Estado llegó a la gran reja del Comando en forma de una tanqueta y casi cien soldados, que, echados en tierra y apuntando, rodearon completamente el cuartel. Un guardia subió al dormitorio y me lo dijo, y yo bajé como una exhalación y di órdenes de que cerraran las rejas y no dejaran pasar a nadie costara lo que costara, después subí a la azotea con una treintena de guardias y forcé las garitas y otros puntos protegidos por gruesos muros, cuando bajé nuevamente, ya el teniente coronel, con chancletas, pantalón de uniforme y

franela, sin un arma, hablaba, a través de la reja de hierro forjado, con un teniente de cara lampiña y uniforme camuflado de paracaidista, boina roja y brazalete tricolor en el brazo derecho. Me acerqué sin quitarle la vista al cañón de la tanqueta que apuntaba directamente hacia la reja, y oí lo que el teniente coronel le decía al teniente: “¿Qué es lo que está pasando?”. Detrás del teniente, con ojos que miraban hacia la azotea y al teniente coronel, y fusiles a la altura del pecho, estaban dos sargentos de tropa. Casi no pude oír la respuesta del teniente, porque alguien aceleraba el motor de la tanqueta, pero más adelante, y ante las palabras suaves del teniente coronel, que preguntaba, una y otra vez, si aquello era una cuartelada, el teniente dijo:

“Esto es una especie de golpe de Estado”.

“¿Cómo es la vaina? ¿Una especie de qué?”, dije yo, y me acerqué aún más a la reja.

El teniente repitió lo mismo, y en el mismo tono de confianza, pidió que lo dejaran pasar, que nos iba a tratar bien, que no resistiéramos, porque su comandante ya tenía el Gobierno en las manos.

“¿Quién es su comandante?”, preguntó el teniente coronel.

El teniente no lo dijo, lo que dijo fue que no valía la pena que nosotros defendiéramos un presidente ilegítimo y un sistema que había llenado de miseria al país, y por último, con ese tono suyo bajito, nos invitó a unirnos al golpe de Estado. El teniente coronel le dijo que su honor de soldado, fiel a las instituciones, no le daba para locuras de esa naturaleza, que hablaran, quien quita que logran ponerse de acuerdo y que, mientras tanto, las cosas quedaban de

ese tamaño: él, sus soldados y su tanqueta afuera, y nosotros adentro, a menos, le insinuó con ironía el teniente coronel, que se le ocurriera volarnos a cañonazo limpio. El teniente sonrió y dijo que tenía órdenes de disparar en caso estrictamente necesario, que él no era un asesino sino un revolucionario, y que le parecía bien que nosotros nos quedáramos adentro.

“Eso sí”, dijo, “nadie entra”.

A eso de las tres de la madrugada, cuando ya el presidente de la República había hablado dos veces por televisión, bajé de la Central de Radio y Teléfonos y encontré al teniente recostado de la tanqueta. Lo llamé y le dije que sus compañeros no habían podido tomar el palacio de Miraflores ni la residencia presidencial La Casona, y que el presidente había dicho, por televisión, que el asunto no era más que unos pocos militares desorientados, ya completamente derrotados por las tropas leales al Gobierno.

“¿Eso dijo?”, preguntó el teniente.

No estaba asustado, pero, cuando le dije lo del palacio de Miraflores y La Casona, vi una sombra de preocupación en sus ojos, y entonces supe que se estaba aflojando, y queriendo saber cómo reaccionaba, o quizás para darle alguna señal de esperanza, le confesé que hubiera querido que el destino me hubiera puesto en su lugar y que, si el golpe fallaba, yo estaba dispuesto a ayudar para dar otro. El hombre se puso en la boca una sonrisa que estaba hecha de amargura y coraje, y entonces supe, por lo que me dijo, que estaba vencido.

“No me envidie mucho porque a lo mejor soy yo quien lo envidia más a usted”, dijo.

Amaneció, y el teniente coronel, consciente de que aquel oficial, sus soldados y su tanqueta no eran un peligro para nadie, mandó a abrir la reja y los pasó al comedor. Allí desayunaron, y si bien es cierto que no les insinuamos siquiera que eran nuestros prisioneros y que en ningún momento hablamos de sus armas, ellos se comportaban con la timidez característica del que se sabe derrotado y preso, y ahí fue que el teniente coronel y yo nos comportamos con honor militar: pudimos desarmarlos, pudimos llamar tropas de refuerzo y coparlos, pero no lo hicimos, y a las diez de la mañana, cuando todos sabíamos que el golpe había fracasado, el teniente pidió permiso para formar a sus soldados en el patio y decirles lo que pasaba.

Me acuerdo, como si fuera ahorita, que los soldados, al oír lo que les decía el teniente, pusieron casi sin ruido los fusiles en el piso de granito, y cuando el teniente les ordenó romper filas, muchos se sentaron en el medio del patio y otros se tendieron a mirar el cielo azul o a cerrar los ojos buscando el sueño. Al rato, vi al comandante de aquella gente por televisión, con cara de preso pero con voz firme, diciendo que se rindieran, y cuando dijo que por ahora habían fallado, llamé al teniente y lo llevé hasta donde nadie podía oírnos y le dije:

“Cambie esa cara, hombre, porque vamos a dar otro golpe de Estado”.

## 27 de noviembre

Mi inquietud, digamos revolucionaria, o esa toma de conciencia, o el momento en que uno decide meterse a redentor, nace en la Escuela de Formación de Oficiales de la Guardia Nacional. ¿Qué me hizo pensar en la revolución? Yo creo que los libros que, en ese tiempo, de marzo de 1982 a abril de 1987, leí, que fueron muchos, y todos de historia de revoluciones y biografías de personajes revolucionarios: *El libro de mis luchas*, del general Emilio Arévalo Cedeño; *Crónica de tres dictadores negros*, de J. M. Capó; *Teoría del socialismo*, de Ludovico Silva; *Che, sierra adentro*, de Froilán Escobar y Félix Guerra; *El mejor hombre de la guerrilla*, de Emilio Surí Quesada; *Rafael Simón, tremendo guerrillero*, de Bhilla Torres Molina; *El saqueo de Nicaragua*, de Rafael de Nogales Méndez; *México insurgente*, de John Reed; *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

68 Pero, antes de esas lecturas, llevaba en el alma la ponzoña de la historia de mi familia. Mi tatarabuelo había sido soldado de la guerra de Independencia. Era Juan José Lovera, el único oficial blanco que formaba parte de los espalderos de José Tomás Boves. Un hijo natural suyo, llamado Eloy Urbano, peleó en la guerra Federal a las órdenes del general Julio César Monagas. Un nieto de este Eloy Urbano, llamado Gregorio Macario *Corta Cabezas* Sifontes, que fue general de montoneras y hermano de mi bisabuela materna, participó en la revolución Legalista de Joaquín Crespo en 1892, en las dos revoluciones Moche-ras de 1898 y 1899, y en la revolución Libertadora de 1901

a 1903. Un tío abuelo mío, Juan Mejías, peleó junto al general Emilio Arévalo Cedeño, y en 1927 enfrentó al general Lino Díaz hijo, entonces presidente del estado Anzoátegui, en el combate de La Panchita, cerca de Pariaguán.

Era Jefe de Operaciones de la unidad de inteligencia del Comando Regional de Valencia. Vestíamos de civil los que allí estábamos, como era de rigor, e hice amistad con un guardia raso, pues ni distinguido era, y hasta de revolución hablamos. Por lo de Chávez. Y se agregó a nosotros un flaco cincuentón, y hasta a Maracay fuimos a reunirnos con unos izquierdistas, camaradas del flaco cincuentón, que habían formado un grupo llamado Pueblo Soberano, por aquello de Ezequiel Zamora y del Árbol de las Tres Raíces del MBR-200.

Era mayo de 1992. Nuestro cabecilla era el teniente coronel Trómpiz Lachman, que nos reunió con Tercer Camino y Bandera Roja, más adelante, luego de algunas diferencias con estos dos grupos, constituimos, Trómpiz Lachman y yo, con miembros de ellos afectos a nuestras ideas, el movimiento político-militar zamorista Pueblo Soberano, al cual yo había llegado por el flaco cincuentón.

En octubre, y después de hacer los contactos previos, nos agregamos al Movimiento 5 de Julio, liderado por el general de brigada de la aviación Francisco Visconti Osorio, y en las entrañas de la Base Libertador, en Palo Negro (Maracay), y de la Escuela de Aviación Militar, también en las afueras de Maracay, comenzamos a preparar el alzamiento.

El 27 de noviembre, mientras los nuestros formaban una cadena de tres canales de televisión, y los jefes de la insurrección comandaban las acciones desde el Museo Histórico Militar (dos contralmirantes activos, Hernán

Grüber Odremán y Rubén Cabrera Aguirre, y un capitán de navío, Rodríguez Chacín, y cinco tenientes coroneles, Iginio Castro, Luis Pineda Castellanos, Miguel Madriz Bustamante, Trómpiz Lachman y Alejandro Coleoglú Doré), yo tomé la Escuela de Aviación Militar de Maracay.

Había amanecido en la casa donde estaba con Mercedes y mis hijos, en Puerto Cabello, y a las cinco de la mañana, viajé a Maracay. Además de ser Jefe de Operaciones de la Unidad de Inteligencia del Comando Regional de Valencia, también era instructor –Oficial de Planta, se le llamaba– de la Escuela de Aviación Militar de Maracay, cerca del Túnel de La Cabrera. Y se le reventó un caucho a mi carro a pocos kilómetros. Eran casi las seis de la mañana. A esa hora, de acuerdo al plan, yo debía apoderarme de la Escuela de Aviación Militar. Dejé el carro a un lado de la autopista y le metí la mano a un autobús de pasajeros, del que, apenas pasó el Túnel de La Cabrera, me bajé, y mientras caminaba a la Escuela de Aviación Militar, pensaba que cuando la primera expedición de Los Cayos, Bolívar, después de haber fondeado en el puerto de Ocumare el 6 de julio de 1816, envió a Soublette con trescientos hombres a atacar La Cabrera. Allí hizo Soublette correr a los monárquicos, y entonces Bolívar le ordenó que marchara a Caracas. “La audacia debe salvarnos”, le escribió. “Lo que parezca a usted temerario es lo mejor, pues la temeridad es hoy prudencia”. Pero Soublette no lo hizo, porque el general Francisco Tomás Morales llegó a Valencia con siete mil hombres.

70

Logré reunir y dirigir a quienes íbamos a tomar la Escuela de Aviación. A mediodía nos rodeó la Guardia Nacional y la Disip. Yo hacía que respondiéramos los disparos desde la planta alta del edificio, donde quedaban las

oficinas. Astillas de vidrio de las ventanas me caían encima por las balas de la Guardia Nacional y la Disip, que terminaron de quitarnos la Escuela de Aviación Militar, y casi de milagro, llegamos a la Base Libertador, con ganas de resistir hasta lo último, porque sabíamos que allí se iba a dar el gran combate. Resistimos hasta el final de la tarde. Yo comandé un grupo de treinta soldados en compañía del teniente Juan Carlos Balbuena, y con tanques y buenas ametralladoras tratamos de parar, como a las dos de la tarde, y casi a las puertas de la Base, a efectivos de la Guardia Nacional y la Disip. Pero fue inútil. Nosotros, que estábamos en el ala derecha de la entrada y casi rodeados, nos vimos obligados a retroceder cuando cayeron muertos el teniente Juan Carlos Balbuena y el soldado Mauro Núñez. Cuando retrocedíamos vimos que eran fácilmente repelidas las demás escuadras que defendían la Base, y más allá, cerca del hangar de los aviones, nuevamente fuimos alcanzados por las balas y caímos heridos el sargento José Rodríguez, el distinguido Juan Pernía y yo. Era una herida a sedal cerca de la rodilla. Nada grave. Otras unidades siguieron defendiendo diversos puntos de la Base hasta las primeras sombras de la noche, y aun cuando se perdía en el azul plomo del cielo maracayero un avión Hércules C-130, placa 2716, en el que iban el general Francisco Visconti, líder de la rebelión de la Base y noventa y tres militares más, cuarenta y uno de ellos oficiales, treinta y dos suboficiales, quince cadetes, cinco soldados; y una mujer que no me acuerdo si era militar o amiga de uno de los oficiales. Por cierto, esos quince cadetes que iban en aquel avión habían sido con los que tomé la Escuela de Aviación Militar, y al frente de los cuales fui a la Base Libertador cuando nos la quitó la Guardia Nacional.

El general Visconti se fue cuando todo estaba perdido, quizás arrecho por la rendición de los otros jefes del Museo Histórico Militar. Yo, después de hablar con mis compañeros de Pueblo Soberano, decidí no embarcarme en ese avión, y a eso de las seis de la tarde, cuando la Guardia Nacional y la Disip ocupaban los edificios principales de la Base, nos fuimos por la parte trasera, saliendo a la autopista. Ahí, mis dos compañeros y yo, porque otros cuatro se habían ido por otro lado, paramos un Zephir amarillo después de encañonar al conductor, quien, por cierto, era el chofer de la Prefectura de Maracay. Íbamos rumbo a Valencia, cuando en la alcabala después del túnel de La Cabrera, efectivos de la Guardia Nacional detuvieron el vehículo, porque por la rendija de debajo de la puerta trasera, caían gotas de sangre de mi herida de la rodilla. Íbamos vestidos con ropas de civil y teníamos la cara lavada, pero por las gotas de sangre, registraron el carro y dieron con los fusiles. Nos detuvieron, terminándonos de enredar la herida de mi pierna, que me empapaba de sangre el pantalón.

72 A las nueve de la noche fuimos a parar a Caracas en helicóptero. Amanecimos, como muchos otros, en los calabozos de la DIM. Me acuerdo del amanecer de ese día 28, como si fuera ahorita. Llegó un oficial, con varios soldados cruzados de sub-ametralladoras, y nos dijo:

“¡Afuera comemierdas, que ahora van a decir por qué nos hicieron pasar tan mal el día de ayer!”

## Las guerras del estómago

Yo estaba sentado en una banqueta del malecón. ¿Qué hora era? ¿Las diez de la noche? Sí, las diez más o menos. ¿Y qué estaba haciendo ahí? Me encogí de hombros, puse la mirada larga y apreté las muelas. Yo era todo un caso. El lunes anterior había venido al Puerto a leer en la biblioteca, pues cada vez que venía me zampaba allí. Yo no tenía amigos y cuando quería conversar, conversaba con los libros. Era verdad, yo era un solitario. El domingo había hablado con alguien y le dije que no recordaba dónde había perdido el carisma para hacer amigos, aislándome del mundo. Sin embargo, estaba seguro, no sabía por qué mágica intuición, de que podía sugestionar las masas. Y ese alguien, que no recordaba quién había sido, preguntó si yo estaba loco, y le contesté que no tenía casa, vivía arrimado con mi mujer y mis hijos donde mis suegros, que no querían verme ni pintado en la pared, y estaba bostado de la Guardia Nacional, pero quería hacer la revolución. Él no se cayó de la risa porque lo que le dije fue con la seriedad de los santos. Sí, yo era todo un caso. El lunes pasado, antes de meterme en la biblioteca, cuando caminaba a las ocho de la mañana por la calle del centro comercial, vi la turba de estudiantes, en la avenida, tirándole piedras a una patrulla policial. Vi la negra humareda que se hilaba de una fila de cauchos quemados en el medio de la calzada, y oí los gritos, y vi otra patrulla con unos cuantos policías encaramados que llegaba por una de las calles laterales. Los vi saltar de la patrulla, correr en todas direcciones, y oí los escopetazos que lanzaban chorros de humo blanco y espeso y abrían surcos entre la montonera

de estudiantes. Corrí por un callejón, y al doblar por una esquina, me metí entre los estudiantes que corrían, algunos con las caras tapadas con el suéter del uniforme.

En el paredón del liceo nos parapetamos, y vimos llegar a los policías, tirando potes de bombas lacrimógenas, y entonces saqué el revólver, que siempre llevaba en la cintura, y les eché cuatro tiros. ¡Cómo corrían a ocultarse! Vi que uno de ellos hablaba a gritos por el radiotransmisor, pidiendo ayuda.

Pensaba que debía irme de aquella ciudad. Y esa noche, porque le di unos coscorriones a uno de mis hijos, mi mujer, Mercedes, me miró con ojos afilados.

“Desde ahora en adelante no me le pones un dedo encima a los muchachos”, dijo.

Yo estaba medio desquiciado por la vida que vivía. Sin comprensión ni tolerancia de nadie. Me levanté de la cama, abrí el escaparate, saqué un pantalón y me lo puse. Busqué los zapatos, descolgué un bolso y metí en él dos pantalones, una franela, el revólver, una carpeta y una fornitura llena de cartuchos.

“Esos muchachos son tuyos”, le dije, “te los hiciste tú misma, quédate con ellos”.

74

Salí de la casa, y caminé hasta el Puerto. Cinco kilómetros. Cuando llegué al malecón, me senté en una banqueta, en lo más oscuro, donde no llegaban las luces de los bombillos. Sin una locha en el bolsillo. Y pensaba irme. En cómo conseguir dinero para irme. Sí, irme, donde nadie supiera de mí.

Antes de darle los coscorriones a uno de mis hijos, ni siquiera escuchaba lo que pensaba, pues los chillidos de

Mariana no dejaban que yo mismo me oyera. Lloraba y pataleaba. No podía concentrarme. No podía hablar pen-dejadas conmigo mismo. Se me disolvía la ruta de la idea.

“¿Qué me dices?”, me preguntó mi mujer. “¿No es mi problema? ¿Qué me meta en mis propios asuntos? A ti no se te puede decir nada, te arrechas hasta bebiendo agua. Contrólate, déjate de esas vainas, que te vas a volver loco”.

Y yo me preguntaba si no había suficientes razones para estar loco en el país, con todo tan caro, pues uno no podía comerse un bistec encebollado con papas fritas. Los locos estábamos locos por ese incendio frío, como dijo Pablo Neruda en uno de sus poemas, refiriéndose al hambre, que chamuscaba las tripas. Y por esa lavativa de los políticos.

“Pienso atracar un banco”, le dije a Mercedes. “Para expropiar a los capitalistas”.

Era una idea del comunismo, referente a la revolución del proletariado, le expliqué. Ella no entendía.

“No es la forma de tener dinero”, dijo. “Piensas así porque eres un intelectual”.

Estaba segura de que lo que pensaba y había hecho hasta ahora, era una consecuencia directa de los libros que había leído.

Había llegado caminando hasta Puerto Cabello. En mi mente crecía la idea de irme.

“Ahora sí, carajo, no aguanto más”, pensaba.

¿No aguantaba qué? Y me senté en aquella banqueta del malecón a esperar. ¿A esperar qué? Estaba decidido a irme. Siempre la misma vaina, que me voy y me voy,

como la canción. Y me senté en la banqueta, a contarme mis rollos, mi crisis existencial, como la llamaba, y llegaron aquellos tipos. Eran cinco: me rodearon, los miré con ojos de sorpresa.

“No se asuste, chamo”, dijo uno de ellos.

Y otro se me acercó y me dijo casi al oído:

“Ando buscando un marica”.

Me habló bajito el coño de madre, y me echó el aliento hediondo a cerveza en la cara. Yo me sentía tan deprimido, inanimado, que parecía que tenía el cuerpo descoyuntado y flojo, y no reaccioné como hubiera reaccionado en un estado normal. En ese instante no tenía autoestima. Me quedé tranquilo y no dije nada. Y me pregunté si tenía miedo, y me dije que no, que estaba inerme y sentía un inmenso abandono, y que, como era un tipo explosivo, de haber estado en mis cabales, le hubiera partido la cara en el primer momento al gran carajo que me había echado el aliento de cerveza en la cara. Y el tipo siguió hablando.

“¿Tú eres marica, chamo?”, preguntó.

76

Se me erizó el cuerpo y, poco a poco, la furia me llenó de pies a cabeza. Ya sentía unos deseos enormes de darle una trompada. ¡El desgraciado creía que yo era marica! Cuando por fin iba a golpearlo con toda la furia del mundo, otro de los tipos me agarró la muñeca.

“Dame el reloj, chamo”, dijo.

Y sentí que me lo estaba zafando, y ahí se acabó mi inmovilidad. Reaccioné, pero no como yo hubiera querido. Saqué el revólver y los tipos se replegaron.

“¡Perdón, panita, tranquilo, mira que somos menores de edad!”, dijo uno de ellos.

Y el coño de madre, el que creyó que era marica, se quedó parado y le di un bolsazo en la cara. Le rompí la frente con la fornitura que tenía en el bolso.

## Gonzalo Trujillo

Llevaba tres horas esperando frente a la gobernación de San Felipe. Había ido a hablar con un tal Martínez, director de política, con el fin de ingresar en el Cuerpo Policial, pues, como había sido teniente de la Guardia Nacional, pensaba que no habría ninguna objeción, aun cuando había sido expulsado por participar en una intentona golpista.

Escribía en la agenda, sobre las rodillas, en la plaza Bolívar, frente a la gobernación. Me gustaba San Felipe. Y pensaba echar raíces allí. O forjar mi personalidad en algún pueblo de Yaracuy. Crecer por esos lados. Esa era la idea. Un hombre de barba blanca, con aspecto de demente, se me plantó enfrente y quiso, insistió, en hablar conmigo. Dijo que su nombre era Gonzalo Trujillo, y que a pesar de su aspecto insignificante y grotesco, tenía cuatro títulos universitarios y tres carreras a medio camino. Me dijo que uno de esos títulos, no recuerdo cuál, lo había obtenido en una universidad de Madrid.

“Tengo setenta y siete años, la misma edad de Caldera”, dijo, “pero no pienso como él”.

78

Aseguró que era pariente de Armando Reverón, e historiador, con varios libros publicados, uno de ellos *Raíces canarias*, de tres tomos. Era un viejo de barba larga y de algodón, ojos inteligentísimos, y aspecto de pordio-sero. Más que eso, parecía un demente ambulante. Pero, Gonzalo Trujillo, con dos bolsas por maletines, dijo que tenía una pensión vitalicia que le había dado, hacía poco, Juan Carlos I, rey de España, por haber recogido de las calles de Madrid al padre del rey, que estaba camuflado

de mendigo para que los republicanos no lo mataran. Eso fue durante la Guerra Civil española.

Gonzalo Trujillo, dijo él, había sido cónsul y embajador en Barcelona de España, en Marsella, en Lisboa, y había dictado conferencias en diversas universidades europeas. Era del Movimiento al Socialismo, pero hacía poco había aceptado que un movimiento electoral local, Voz Yaracuyana, lo postulara como candidato a senador por el estado Yaracuy. Vestía una guayabera descosida, que alguna vez había sido verde, unos pantalones negros desteñidos, y unos zapatos de vaqueta, descoloridos y rotos. En las dos bolsas de cinco bolívares que cargaba en la mano llevaba una foto suya con paltó y corbata.

“Este es mi traje para tratar con los vivos”, dijo.

Y también unos papelitos de propaganda electoral donde se leía: “Voz Yaracuyana al senado con Gonzalo Trujillo. Inteligencia, Capacidad y Experiencia para representar al pueblo yaracuyano”.

“Cargo estas bolsas para que no me roben”, dijo.

Le pregunté si su aspecto era contrario a sus aspiraciones.

“No”, contestó. “Le estoy mostrando al pueblo mi decencia”.

Se mostraba sencillo, sabihondo. Lo extraordinario había sido que me hubiera visto y saludado como si nos conociéramos de años atrás, y que, contra toda puerta cerrada, hubiera pugnado por hacerme hablar, aún en contra de las circunstancias del momento, con el secretario de política. Yo no se lo pedí. Y cuando supo que no era de

Yaracuy, expresó que, al atenderme como lo había hecho, no tenía ningún interés electoral conmigo.

“¿Por qué lo haces entonces?”, le pregunté.

“Porque tienes un fluido agradable”, contestó. “Y no soy brujo”.

Me dio su dirección, su teléfono. Que lo visitara. Que lo llamara.

## La suerte

Tengo alma de trotamundos. He dicho que, si se nace en este planeta y no se busca la manera de conocerlo, entonces se pierde la mitad de la emoción de vivir. Me gusta viajar, porque el alma se ensancha y la vida se llena de horizontes.

Para mí los barcos son una forma romántica de atravesar el mar. Siempre quise embarcarme, y una vez, hablando con mi padre Jesús Urbano, le inventé una aventura que, si la hubiera vivido, otro habría sido mi rumbo con unos cuantos sacos de felicidad. Le dije que me había metido de polizón en un barco en Puerto La Cruz, y que el capitán me había descubierto en alta mar, cerca de Barranquilla. Estuve navegando con él, haciendo de camarero por varios años. Fue una mentira que hubiera querido que fuera verdad. En varias ocasiones estuve tentado de buscar trabajo en un barco solo por el placer de navegar. La suerte no me favoreció, pero, durante aquellas últimas semanas, hurgando de aquí y de allá, nuevamente busqué un barco. Para trabajar de marino mercante.

“En lo que sea”, les dije a las personas que podían ayudarme.

Un lunes hablé con un teniente de la Guardia Nacional para que me pusiera en contacto con un capitán mercante. Quedamos en hablar al día siguiente con el capitán Marín, quien era director de Salvamento Marítimo. Nos reunimos con él. Su nombre completo era Oscar Urbano Marín y además, era el director de la Escuela de Formación de Oficiales de la Marina Mercante.

“Haga el curso y se embarca como oficial”, me dijo. “Porque lo que usted quiere es aventurerismo y eso no conduce a nada”.

Me preparé entonces para hacer el curso de oficial mercante. Como alumno irregular. Con las consideraciones de haber sido oficial de la Guardia Nacional. Un sueño hecho realidad con la prontitud de la magia. Pensaba destacarme en el curso. Pensaba que al año siguiente estaría con los ojos llenos del horizonte del mar en una embarcación que enfilaría hacia rumbos desconocidos.

La suerte. Lo fortuito. El azar.

“¿Qué es la suerte?”, le pregunté una vez a Hernán Grisales.

Hernán Grisales era un emigrado colombiano que trabajaba en Valencia y vivía en la pensión de Doñana, donde yo estuve un tiempo con Mercedes.

“Es cuando ocurre un hecho”, contestó Hernán Grisales, “y uno se da cuenta, sabe para qué le sirve y lo aprovecha”.

Me contó de un atraco a un banco de Chicago. Los ladrones huían. La policía los perseguía. Estaba a punto de agarrarlos. Y uno de los ladrones, para que no los agarraran con las manos en la masa, botó la bolsa con el dinero hacia una ventana del tercer piso de un edificio. En esa ventana estaba asomado un retrasado mental. La bolsa cayó a sus pies. Ese fue el hecho. Y él, pese a que era loco, se dio cuenta de lo que sucedía y abrió la bolsa y supo que era dinero, aprovechándolo, porque por lo menos, sabía que le servía para comprar pan.

El concepto materialista del azar es que la suerte es una ilusión que no tiene ningún basamento físico. Es el aire; es decir, no tiene sustentación, no tiene asidero. Pero Michel de Montaigne escribió: “No extraña que el azar influya tanto sobre nosotros, pues nosotros vivimos por mero azar”. Y explicó que la muerte era un azar. Llegaba de pronto. A veces se anunciaba. Pero, la mayoría de las veces, no. Y era, según afirmaba Michel de Montaigne, que había circunstancias de la vida, muy importantes, que sucedían como por encanto. Sin control por nuestra parte. Era como una fuerza irracional, indetenible. ¿El destino? Oí una vez que el destino era manejable, podía controlarse. No podía ser un avión sin piloto que se dejaba llevar por corrientes de aire e iba a estrellarse irremisiblemente. Sin embargo, muchas veces, la realidad escapaba a nuestro control. Y se me había presentado una situación azarosa. Con circunstancias favorables. Navegar, lo que para mí era un sueño.

Solo que no resultó, como lo de Yaracuy.

Decidí entonces vivir ocho meses, así lo pensé, de los números. Eso de vender triples y terminales. Y, mientras tanto, haría lo que quería. Que no era vivir del azar, pues en el transcurso de esos ocho meses iba a construir dos sueños. Dos edificios grandes, con muchas ventanas, que, hasta ahora, solo habían sido peldaños de sombras: mi casa y mis escritos literarios.

Pero una vez más las cosas no me salieron bien. Carole Klein escribió: “Nadie puede llegar a ser una persona completa sin haber conocido antes la desdicha”. Me convencí de que la vida era un dolor, y que la experiencia reconfortaba, suavizaba, embalsamaba, inmunizaba. Y,

acaso por mi torpeza, por mis imperdonables tropezones, había conocido la desdicha. Todavía no podía encontrar mi rumbo, y la llevaba sobre mis hombros. Ella era mi compañera de viaje. Pero iba a continuar luchando, convencido de que mi victoria estaba escrita en un libro con un prólogo en vez del capítulo final.

## Día a día de mis tribulaciones

Había transcurrido un mes desde que mi suegro me echó de su casa en malos términos. Por haber cogido de la nevera una zanahoria que yo había comprado el día anterior. Solo que él dijo que era suya, y que yo era poco menos que un sinvergüenza.

“Me desocupas mi casa”, vociferó.

Eran algo así como las diez de la mañana. Mercedes quiso llorar y yo le pedí que no lo hiciera, y para que mi cuerpo no estallara, salí de la casa pensando en vender el revólver. Se lo propuse a Juan *Cagueta*, cuñado de mi suegro, cuando subí al cerro donde estaba su casa, pero no me dio la seguridad de comprarlo. Volví a la casa, metí unas ropas en el bolso, y le dije a Mercedes que iba a tratar de vender el revólver en Valencia.

“Regreso a buscarte a ti y a los muchachos”, le dije.

Eran cuatro niños que me miraban con los ojos bien abiertos.

Me eché el bolso al hombro y me fui caminando –escribía esto frente al mar de Puerto Cabello, oía cómo sonaba, lo miraba y en mis pupilas resbalaba una lancha que daba tumbos y que parecía un bocado del mar trémulo–, hasta el peaje que quedaba en plena autopista a Valencia. Le mostré un viejo carnet de oficial de la Guardia Nacional que todavía tenía, al guardia del peaje, y me consiguió la cola a Valencia. Eran las dos de la tarde cuando llegué a la pensión de Doñana, en la calle Martín Tovar, un hervidero de putas y hoteluchos de mala muerte, que

apestaba a prostíbulo. Le dije a Doñana la mentira de que estaba destacado en Barcelona, y que acababa de llegar a Valencia porque, al día siguiente, iba a arreglar unos papeles en el Comando Regional para que me pagaran un sueldo atrasado. Le pedí un cuarto prestado —le pagaría en cuanto cobrara el dinero del sueldo—, y ella me dijo que no tenía y que solo estaba desocupado el de Mateo —no me acordaba quién era Mateo—, porque se había reconciliado con su mujer, una mesonera, que ahora vendía empanadas y vivía en una casa alquilada de la avenida Branger. Mientras conversábamos, se acercó el Gordo —levanté la cara de la agenda en la que escribía y vi un viejo que saltaba entre las peñas que orillaban el mar. Una ola chocó contra los guijarros del malecón y lo bañó. Sus acompañantes rieron—, y me dijo que fuera con él a la casa de la mesonera, y que aprovechara para pedirle prestada la habitación de la pensión a Mateo.

Llegamos a la casa donde estaba Mateo, y me dieron una cazuela de sancocho de mondongo y unas cuantas cervezas. Habíamos llegado a las cuatro de la tarde y casi a las diez de la noche, después de beber, comer y hablar un montón de pendejadas con Mateo, paisano oriental mío, pues era carupanero, nos fuimos a la pensión de Doñana al prestarme él su destartalada y maloliente habitación. Esa noche dormí con una ligera punzada en la parte más blanda del corazón.

Tres días estuve en la pensión de Doñana. No tenía dinero. Comer fue algo fortuito que, afortunadamente, no me faltó. Luego, otra vez Puerto Cabello, tratando de vender el revólver, y pensando que, con ese dinero alquilaría una casa y empezaría de nuevo. Pero nadie me lo compró.

Decidí entonces viajar a Barcelona, a pedirle ayuda a mi familia, y mientras Mercedes conseguía el dinero para el viaje, me quedé con mi pequeña Mariana en el malecón.

“Mi corazoncito”, le decía.

Cuando uno está de malas hasta el cielo le cae encima. ¡Qué dolor! Mariana se me cayó de las manos y se aporreo la frente. No mucho, pero lo sentí tanto, que me invadió el dolor y el cuerpo se me puso lívido de miedo.

*Desde que Mariana Venecia nació no puedes quitártela de la cabeza, y es que siempre soñaste tenerla, y mucho antes de que naciera, cuando eras un soldado en un regimiento de infantería, por allá en un puerto del que ya no te acuerdas, y llevabas dieciocho años que solo te servían para el servicio militar, ya la esperabas, ya sabías su nombre, ya la veías cómo era: de sonrisa grande, ojos negros como faroles, pelo de su abuela Marina, cara de mejillas redondas como naranjas, y de inteligencia de palabra fácil. Y cuando conociste a su madre en una unidad militar de suministros y se miraron, estás seguro de que, en ese cruce de miradas, que fue un destello que quedó en el aire como una burbuja, estaba ella, igualita como la ves ahora y como la has visto siempre: sonriente y queriendo ser tu escudo contra la tristeza, y la prueba de que la felicidad existe y está hecha de carne y hueso y es una niña de siete años.*

*Dos veces insistió en llegar a este mundo para darte razones de que no te murieras de mengua, y la primera vez la esperaste muerto de gozo porque sabías que era ella, y es que la forma que agarró en la barriga de Mercedes, no daba para dudas. Era una barriga como punta de serranía, pero Mercedes no pudo sostenerla más tiempo del*

*que necesitaba para hacerse de los huesos de este mundo, y ella salió como una flor. Pero es como el mar de un malecón que no deja de volverse espuma en los peñascos, hasta que un día afortunado salta y baña la ciudad, y ella es así, insistió, y supiste el momento en que otra vez se la plantaste a Mercedes en el vientre, y ahora sí, creció con raíz de lucero, y vino al mundo un día de marzo, y era ella, Mariana Venecia, que volvía a llenarte de olor a papelón, a ponerte en el cuello dos brazos delgados como filos y a decirte en respiros palabras corticas que son capaces de voltear el mundo. Volvió porque te trajo lo que se te fue con Mamatatía, y fue la sonrisa grande de Mamatatía la que te dio desde sus primeros días, y cuando comenzó a fabricar las primeras palabras, era el mismo tono y la misma mirada firme.*

*Cuando estás dormido sientes que respira en tu costado cocuyos con cintas verdes, y su respiración te abre el alma y te la tapiza de un cielo de miles de lumbres que puedes tocar con los dedos, y cuando te despiertas ves volar hacia ti sus bracitos como mariposas y el aire de un beso. No estás con ella, no están juntos, ella está lejos, pero vas en su búsqueda, como siempre, como cuando empezaste a buscarla apenas viste a su madre una mañana de febrero, y sabes que está allá en aquel puerto que ya olvidaste con los bracitos abiertos para darte el mismo abrazo que recuerdas de toda la vida. Mientras escribo veo que ves con lágrimas el tesoro que ella tiene y se le va a las manos con lápiz de creyón para dibujarlo, y es que Mariana Venecia lo sabe mejor que tú: lo que más vale en tu vida es ella, y te da razones sobre un papel con unas cuantas líneas que se saca del corazón.*

Te digo que te seques tus lágrimas y que guardes los besos como mariposas amarillas que le tienes para el tiempo en que la vuelvas a ver.

Viajé a Barcelona. Tres días estuve con mi familia, y no vendí el revólver, como tenía pensado, Elio Urbano, el marido de mi madre, me prestó diez mil bolívares. Regresé a Puerto Cabello. Mercedes consiguió cinco mil bolívares y fuimos a Valencia a alquilar una casa. Pero no encontramos una de acuerdo a nuestro alcance económico —yo alquilaba, para bañarme nada más, una habitación de lo más barata en una vieja pensión de Puerto Cabello; porque me metía en el cuarto de Mercedes, en casa de sus padres, pasadas las once de la noche, después que todos dormían—, y volví de nuevo a Barcelona. Y otra vez regresé a Puerto Cabello, a medio pagar la habitación barata de la vieja pensión de la ciudad, solo para bañarme, y metiéndome, a deshoras, en el cuarto de Mercedes de la casa de sus padres.

Se me ocurrió ir en tren a Barquisimeto. Perdí el tren; es decir, me quedé dormido o me engañaron las manecillas del reloj. Total, me levanté cuando era demasiado tarde para ir a la estación, y me fui en microbús. Lo que me dolía era que, sin duda, llegaría a deshoras y, por supuesto, el viaje salía más caro, pero era importante ir a Barquisimeto. ¿A qué? Eso era lo risible, o lo demasiado serio, de acuerdo al ángulo con que se mirara. Risible, porque yo había jurado con la vehemencia habitual en mí, que jamás volvería a trabajar con la Guardia Nacional, y a esa ciudad iba para ser contratado por el Comando Regional como instructor. Serio, porque lo quería para alquilar una casa para mi familia y volar planes subversivos.

Pero, como lo que había intentado hasta entonces, no resultó.

## **Cuándo será martes para volverte a ver**

Hasta que salí definitivamente de Puerto Cabello. Cuando salí de la casa, antes de que despertaran sus padres, Mercedes, al despedirnos, me preguntó cuándo regresaría.

“El martes de la semana que viene”, le dije.

“Cuándo será martes para volverte a ver”, dijo.

Con quinientos bolívares en el bolsillo me fui a la alcabala de la Guardia Nacional, cerca de La Sorpresa, y después de hablar con el cabo, él mismo me ayudó a conseguir la cola hasta la otra alcabala, ubicada en Trincheras. Era un cubano trotamundos, de 71 años, el que conducía el carro, y fue una experiencia oírlo hablar. Había estado en diversos países. Estados Unidos, México, Guatemala, El Salvador, Colombia, y, por último, Venezuela. Me agradó mucho lo que me dijo de México:

“Son nacionalistas hasta el cansancio”.

En la alcabala de Trincheras me subí en un carro hasta la otra alcabala, que estaba ubicada en la autopista Valencia-Maracay, y de allí, hasta la alcabala de La Encrucijada. Pagué cuarenta y ocho bolívares en el autobús viejo y quejoso que me llevó hasta San Juan de los Morros. Por cierto, me sorprendió mucho que el Terminal de Pasajeros de San Juan de los Morros, desde donde se veían erguidos, como tallados a filo de hacha, los morros, estaba en las afueras de la ciudad. Tuve que pagar diez bolívares en una camioneta para ir al centro de la ciudad. Estuve en la Comandancia de la Guardia Nacional, preguntando

por algunos de mis compañeros que se habían graduado conmigo. Ninguno estaba destacado en San Juan de los Morros. Contreras, del que más me acordaba, estaba de comandante del destacamento con sede en Valle de la Pascua, me dijo una mujer con el grado de subteniente. Me hizo el favor de llamarlo por teléfono. Le dije que me esperara.

Volví al Terminal de Pasajeros. Hablé con el guardia nacional que estaba de servicio allí, y me consiguió la cola en un autobús pequeño hasta Dos Caminos. Era una bifurcación de dos vías. Una, en línea recta hacia Valle de la Pascua, y otra, rumbo a Calabozo y a San Fernando de Apure. En Dos Caminos estaba una alcabala de la Guardia Nacional. Nuevamente mostré mi viejo carnet de oficial, y el guardia me dijo: “Échele bola”. Estaban dos guardias pidiendo cola también, y uno de ellos, con una pinta donde se mezclaban, como un zaperoco, el gocho, por el tipo, el maracucho, por el habla, y el oriental, por el disparo de ciertas frases jocosas, después de preguntarme para dónde iba, me dijo, mirándome de arriba abajo: “Ay, amiguito”. Evidentemente, menospreciaba mi talante. Pensé: “Éste tipo no conoce a la gente”. No le dije que, de acuerdo al carnet que portaba, era oficial. Eran las tres y media de la tarde del 9 de septiembre. Un cuarto de hora después, el guardia de tipo diverso paró una camioneta, el chofer le dijo que iba para Valle de la Pascua, y volteándose hacia mí, me dijo: “Váyase, amiguito”.

Luego de una charla interminable con el conductor, donde mezclamos historia, ley de karma, extraterrestres, y toda una originalísima multiplicidad de temas aledaños, llegamos a las siete de la noche a Valle de la Pascua, la tierra

de *Cantaclaro*. Él llegaba hasta El Socorro, pero tuvo la amabilidad de llevarme hasta el centro de la ciudad, que se me antojó como larga y delgada. Pronto conseguí el destacamento de la Guardia Nacional. Efectivamente, allí estaba Contreras. No pudimos hablar con la formalidad esperada, porque la luz eléctrica se desvaneció a escasos cinco minutos de mi llegada, y cuando volvieron a encenderse las luces, ya venía en camino una hermosa parrilla de carne con que me obsequió. Conversamos, acostados como dos adolescentes en las literas, hasta medianoche. De madrugada se fue para Maracay. Yo me levanté a las siete y media de la mañana, y mientras me aseaba, el encargado del comedor me propuso desayunar.

“Teniente, ¿quiere una arepita con huevo y queso rallado?”, preguntó.

“Si es posible, con mucho queso”, le dije.

A las diez de la mañana, una patrulla y tres guardias nacionales montaron una alcabala a la salida de Valle de la Pascua para conseguirme la cola. Tras media hora de infructuoso esfuerzo, pasó un señor como de sesenta años conduciendo un Century. Dijo que iba para Ciudad Bolívar, y pensó unos segundos antes de decidir llevarme hasta Pariguán. Estuve a punto de decirle: “Si no puede arranque”, pero me contuve, y él me hizo señas de que subiera al carro.

Al principio casi no hablamos. Se detuvo en El Socorro y se estacionó en una esquina de la plaza. Se metió en una farmacia. Yo subí los peldaños de la plaza y me puse a curiosear los alrededores. Por último le pregunté a un señor, que estaba sentado en una banqueta, cómo se llamaban los tres o cuatro árboles enormes que le daban sombra a la plaza.

“Carajo, yo no sé cómo se llama ese palo”, dijo, extrañado de no habérselo preguntado nunca.

Otro hombre se acercó, y nos dijo: “Cedro”. Al voltear, el viejo me estaba llamando. Nos fuimos. El viejo, en realidad, tenía sesenta años y era médico veterinario y un fanático de las Ciencias Aplicadas. Sabía tantas cosas que, por un momento, pensé que era un extraterrestre, que, con la intención de enseñarme, de decirme cosas importantes, se había aparecido en aquella carretera para darme la cola, y, lo que fue más extraño, estuve a punto de creerlo. Incluso imaginé que, cuando me dejara en la entrada de Pariaaguán, lo vería irse hacia arriba, con carro y todo, envuelto en una burbuja de espuma. No fue así. ¿O quizás ocurrió? No puedo afirmarlo porque, cosa rara, al bajarme no lo vi alejarse. Me desentendí de él como si nada.

Era 10 de septiembre, y mientras escribía esta crónica, sentado frente a una mesa de restaurante, levantaba los ojos para ver a las bonitas muchachas de Pariaaguán, como desfilando por la plaza para el deleite de mis ojos. Pensaba ir hasta el Amazonas, el Delta, los Andes, porque, en veinticuatro horas de viaje, todo me había salido bien. Todavía no me decidía, pero pensaba que la aventura apenas comenzaba. Miré el reloj de pared, en forma de tapa de refresco: eran las dos y cuarenta de la tarde.

Barcelona, 1994-2020.



---

# Índice

---



## Índice

### 1 El Medanal de Los Duendes

Mamatafía: bisnieta del hombre que mató a Boves	11
La historieta <i>Fuego</i>	15
Salgo de El Medanal	18

### 2 Las Balas

Viaje a El Medanal de Los Duendes	23
Meterse a redentor sin morir crucificado	27
¡Ay, dolor: murió mi Tata!	32
27 de febrero	34
¿Qué hacer?	39
Traslado a Puerto La Cruz	42
El bandido Caguanero	45
Una dama haitiana	57
Lisbeth	60
4 de Febrero	63
27 de noviembre	68
Las guerras del estómago	73
Gonzalo Trujillo	78
La suerte	81
Día a día de mis tribulaciones	85
Cuándo será martes para volverte a ver	90



*Del medanal a las balas*  
se editó en el mes de septiembre de 2021 en  
Caracas, Distrito Capital, Venezuela

*Del Medanal a las balas* es una obra del género testimonial con rasgos de actualidad, con criterios gramaticales, contenidos narrativos palpitantes y técnico-descriptivos muy propios y característicos del autor.

RAÚL TORNELL

Anzoátegui, 1964. Narrador, historiador, docente y comunicador social. Autor de importantes obras, entre la que podemos mencionar: *Una guerra de azules y amarillos* (1996), *La revolución posible* (1998), *Banderas blancas* (2000), *El pequeño hombre de la mancha roja* (2005), *El piropo de Casimiro Maarten y otras muertes* (2007), *Lo que salva y lo que aterra. Antología poética y política de Tomás Ignacio Potentini, Camino al Monte Sacro* (2010), *Lo poquito que voy muriendo* (2010), *Barcelona: una ciudad con un río amarrado en la frente*; y *Rolandito de oro* (2015).

